

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA

Con ninguna otra cosa creemos poder llenar más dignamente hoy esta sección de nuestro periódico, que dando á conocer á nuestros lectores los elocuentes discursos pronunciados en el Senado francés en defensa del Pontificado por S. Ema. el Cardenal de Bonnechose y el conde Segur-d'Aguesseau, que traducimos de los periódicos de París. También damos á seguida la contestación del Sr. Rouher, ministro de Estado del Gabinete francés, para que se entretenga el que guste en adivinar por entre las antiguas y conciliadoras frases del orador del ministerio cuáles son las intenciones de Napoleón III sobre la cuestión que se debatía, sin perjuicio de emitir otro día nuestro juicio.

SENADO FRANCÉS.

Puesto á discusión el párrafo 9.º de la contestación al discurso del Trono, que se refería á asuntos de Italia, dijo:

EL CONDE DE SEGUR-D'AGUESSEAU: En la situación peligrosa en que nos ha colocado el Convenio de 15 de Septiembre aprecio todo el valor, grande y capital á mis ojos por cierto, del párrafo del discurso imperial que declara indispensable el mantenimiento del poder temporal del Padre Santo, reconociendo también la misma cualidad en las palabras del Senado que repite las mismas que el Emperador, después de elogiar el modo con que ejerce su poder temporal el Soberano Pontífice.

El proyecto de contestación, por su parte, nos recuerda que Roma es la ciudad del Papa, la capital del Catolicismo: nos recuerda igualmente que el Emperador quiso siempre que se respetase el Pontificado en Italia, y la Italia fuese respetada por Europa. Tales palabras han sido acogidas con gratitud por todos los corazones franceses y católicos, y siento á la verdad que en el párrafo de que me ocupo no se haya manifestado cierta desconfianza del gobierno italiano respecto á sus intenciones acerca de Roma.

Señores, digámoslo sinceramente: las explicaciones, las interpretaciones, las declaraciones diplomáticas, parlamentarias hechas por los hombres de Estado de Italia con motivo de la traslación á Florencia del Gobierno de aquel reino, no permiten ni á los miembros de la comisión ni á nosotros tener confianza en la intención del Gobierno italiano de cerrarse el camino á Roma. (Agitación.)

Sobre este punto no quiero citar más que un hecho que me parece no es conocido de muchas personas, y que además puede haber sido echado en olvido por las demas.

El miembro de la comisión encargado de examinar el proyecto de ley relativo á la traslación de la corte á Florencia, el Sr. Mosca, dijo, con una franqueza que yo apruebo, que la comisión había pensado introducir la palabra *provisional* en el proyecto de ley, pero que esto se deducía tan claramente de la situación, que había juzgado superfluo añadir una palabra que hubiera promovido discusiones inútiles é irritantes, porque la situación de las cosas así lo reclamaba imperiosamente. Es menester, señores, colocarse siempre en el terreno de la verdad, y la verdad es esta.

Sucede muchas veces, y yo no lo extraño, que hay divergencia de pareceres sobre la ejecución de un tratado; pero lo que no se concibe es que disentian las partes contratantes sobre la base misma del convenio, sobre lo que constituía su esencia. Este es un hecho excepcional, imprevisto, que no se ha presentado jamás en la historia de los pueblos, como decía muy bien un hombre de Estado, cuya pérdida deploramos hoy, el Sr. Máximo d'Azzeglio.

Los dos Gobiernos quisieron celebrar el tratado, á pesar de mirarlo bajo distinto punto de vista, y de esta diferencia ha surgido una situación anormal, encontrándonos en presencia de dos diversas interpretaciones: la interpretación francesa y la italiana. Lo único que debía hacerse, dada semejante situación, era imitar la conducta del Emperador, es decir, guardar profundo silencio respecto á la interpretación italiana, sin salir de los límites de la nuestra. Eso es lo que yo deseaba en la comisión, y que dejando además á un lado manifestaciones intempestivas, hubiera pedido que nuestro ejército no abandonase á Roma sin quedar restablecido el respeto que falta al Gobierno italiano para tratar al Sumo Pontífice, y sin restituir al Padre Santo todas esas provincias que le han sido tan odiosamente arrebatadas con menosprecio de la protección de Francia. (Grandes rumores.)

Pero el día de la justicia vendrá, y ha llegado ya para nosotros, que no debemos tener inconveniente en decir, en nombre del Papa y de la Francia, que las consecuencias de los disturbios de Italia no debieron jamás alcanzar al Pontificado, á esa única grandeza viviente de Italia, sirviéndose de las bellas frases del conde de Rossi cuando decía: «¡Si! Yo soy italiano, y por lo mismo me sacrificaré sin vacilar en aras del Pontificado, que es la única grandeza viviente de nuestra querida Italia.» (Movimiento de aprobación.)

Así es como piensa el Emperador; así es como debemos también pensar nosotros: la situación es crítica, solemne, suprema: dentro de un año, no lo olvideis, todo se habrá consumado, y Dios quiera que así suceda, pero con honra de la Francia. (Agitación.)

Me veo obligado á recordar muchos hechos; porque en nuestros días tantos acontecimientos, muy graves todos, se han sucedido con tal rapidez, y han sido tan pronto olvidados, que es preciso fijarse ellos y llamar la atención para comprender su espíritu.

Yo he manifestado de qué manera había comprendido el Emperador la situación en Italia, es decir, en el sentido de que jamás los cambios de territorio debían llevarse á cabo á expensas del Pontificado, y es fácil probarlo.

El honorable senador recuerda en apoyo de su opinión los diferentes documentos en que la integridad de los dominios pontificios ha sido solemnemente consignada. En efecto, en su proclama de 3 de Mayo de 1859, el Emperador declaró que no iba á Italia á poner en peligro el poder del Padre Santo, á quien él había restituido su Trono; y al día siguiente de esta proclama ordenó al ministro de Cultos, que era á la sazón el Sr. Rouher, dirigir al Episcopado francés una circular que se ha hecho célebre, y cuyo objeto era ilustrar al Clero sobre las consecuencias de una lucha considerada como inevitable.

«Ahora bien; ¿qué dice esa circular? Que el Emperador, al ir á Italia para hacer respetar los principios de derecho público, fundar un nuevo orden de cosas y asegurar la independencia del pueblo italiano, estaba bien resuelto á que la Religión no sufriese daño alguno, y que el Padre Santo continuase respetado en sus derechos temporales.»

Tales son las intenciones de S. M., añade el ministro en la circular del 4 de Mayo; están conformes con todos sus actos, y no pueden dejar de inspirar la seguridad y la gratitud en el Clero.

La gratitud en efecto, fué universal en el Clero francés, continúa diciendo el orador, la circular del 4 de Mayo obtuvo el honor de ser leída en la cátedra de la verdad, dando el primer ejemplo el venerable Arzobispo de París monseñor Morlot.

Señores, el mismo espíritu que acabo de señalar en la proclama del Emperador de 3 de Mayo de 1859 y en la circular de 4 de Mayo, lo encuentro igualmente en las instrucciones dadas al general comandante del ejército de ocupación en Roma, y voy á probarlo con las palabras mismas que el honorable general Goyon, comandante entonces de nuestro cuerpo expedicionario, dirigía al Soberano Pontífice el 1.º de Enero de 1859, el año mismo de la campaña de Italia, palabras que hallo reproducidas en el *Monitor* de 11 de Enero de 1859.

El honorable senador cita el pasaje del *Monitor* que da cuenta de la visita del general Goyon al Papa en 1.º de Enero de 1859, visita en la cual el comandante francés, después de haber presentado al Padre Santo el homenaje de sus sentimientos de adhesión que era, decía él, los de su augusta Soberanía y los de todos los oficiales y soldados, añadía: «Porque en la majestad de vuestro Trono venos nosotros un Rey y aun más todavía al Soberano Pontífice. El primero ejerciendo, como los demás Monarcas, su autoridad en los límites de sus Estados, á cuyo sostenimiento están consagradas nuestras fuerzas; el segundo, más grande todavía, ejerciendo su autoridad espiritual sobre el universo.» El orador continúa en estos términos:

En el mes de Junio de 1859, en el momento en que las gloriosas victorias de Magenta y Solferino acababan de aumentar el renombre del ejército francés en los campos de Italia, el ministro del Interior, nuestro honorable colega, declaraba en un comunicado oficial, dirigido á los periódicos, que el respeto al Pontificado y á su poder formaba parte del programa imperial.

Estas solemnes declaraciones fueron confirmadas por las palabras de los comisionarios del Gobierno, señaladamente por las del honorable Sr. Baroche.

Y bien, señores: después de semejantes declaraciones, después de estas afirmaciones repetidas tantas veces, después del compromiso contraído por el Emperador á los ojos del Episcopado francés y del mundo católico, ¿abandonaremos á Roma dejando al Papa despojado de las tres cuartas partes de su territorio? ¿Y despojado por quién? Por los que deben toda su fuerza y su prestigio al apoyo del Emperador, por los que sin ese poderoso auxilio, y á pesar de su heroica bravura, hubieran sido aplastados bajo el peso de un enemigo superior en número. ¿Cómo es posible, señores, que después que el Emperador, teniendo en sus manos la fuerza material y moral ha garantido la integridad del poder temporal, abandone á Roma dejando al Pontífice sólo, humillado y sin más que la cuarta parte de las posesiones que el mismo Emperador le devolvió cuando era presidente de la República? ¡Oh! ¡qué es imposible! Juzgamos por los sentimientos que abrigo en el fondo de mi alma, los que incontestablemente están en el fondo de las vuestras, estoy seguro de que calificaréis como contrario á la dignidad de Francia y á la del Emperador el abandonar á Roma, dejando al Soberano Pontífice en situación tan abatida.

¿Esto sería contrario á las declaraciones del Soberano, á las cuales Francia se ha asociado?

Y no se diga que Francia está comprometida por la firma del tratado. Dios no puede querer que falte á sus compromisos; pero, ¿no lo está también por la honra de su bandera?

¿Las declaraciones verbales no son tan solemnes como las escritas?

Yo reclamo la restitución de esas provincias que estaban colocadas bajo la protección del pabellón francés. Y sobre esto no puede haber lugar á duda. Los hechos están consignados en una circular que el señor Thouvenel, ministro de Negocios extranjeros, dirige el 14 de Octubre de 1860, á nuestros agentes diplomáticos, donde declinaba toda responsabilidad por parte del Emperador en la conducta seguida por el Pontífice después de las promesas de Chambray.

Yo hablo, pues, de provincias colocadas bajo la protección directa del pabellón francés, invadidas por el Piemonte en 10 de Septiembre de 1860.

El Piemonte sabía tan bien que esas provincias estaban colocadas bajo nuestra protección, que para apo-

derarse de ellas creyó deber contar con el consentimiento del Emperador, que no obtuvo sino por sorpresa y haciendo las más falaces promesas.

¿Y cuántas enormidades no se han cometido en esas provincias! En ellas se ha sorprendido deslealmente, atacado, deshecho y después insultado y ultrajado un valiente ejército organizado bajo la protección del Gobierno francés, aquel valiente ejército mandado por el ilustre general Lamarmora, una de las glorias más brillantes de nuestro país, el brave entr' les braves, el que ha muerto como un santo después de haber vivido como un héroe.

Y todos estos excesos han sido cometidos después de las promesas hechas al Emperador en Chambray!

¿Cómo! ¡Francia ligada por sus compromisos, y el Piemonte no lo estaría por los suyos!

No creo engañarme, señores senadores, afirmando que no hay aquí más que una sola opinión sobre semejantes hechos. Tales violaciones de la palabra empeñada son un verdadero insulto al pabellón francés.

No temo renovar aquí el llamamiento que ya tengo hecho á la conciencia de todos los generales, mariscales, almirantes, que tienen asiento en este recinto, de todos estos bravos oficiales que tan dignamente representan el honor francés.

¡No creen ser temerario refiriéndolos sin faltar al respeto que debo á su carácter, á que se atreva á declarar desde esta tribuna que estos hechos no son ofensivos al pabellón francés!

¡Y bien! si ha habido ofensa, señores senadores, no abandonemos á Roma antes de que el Piemonte haya reparado los excesos que ha cometido violando las promesas hechas en Chambray.

He concluido, señores. Doy gracias al Senado por la indulgencia con que me ha escuchado y sólo pido una cosa, y es que la comisión no me conteste; igual símplica dirijo á mi amigo el señor ministro de Estado: quiero que su silencio me deje, no la ilusión, sino el consuelo de la esperanza. (Movimiento en sentidos diversos.)

S. Ema. EL CARDENAL BONNECHOSE: Señores senadores, he pedido la palabra sobre el párrafo 9.º relativo á Roma é Italia, no para combatirlo, pues mi voto será favorable, sino porque creo que debo explicar este voto y precederlo de algunas consideraciones y acaso reservas. Quiero, en fin, decir en qué sentido emito este voto y hasta dónde llega.

En el párrafo 9.º, háblase de la convención de 15 de Septiembre, de su ejecución, del ejercicio del poder temporal y de la esperanza de una conciliación entre la Italia y la Santa Sede. Señores, no busco ruidos, año, por el contrario, el silencio, pero creo que no puedo dispensarme de hablar, porque debo combatir algunas preocupaciones y disipar algunas ilusiones.

Comienzo por agradecer al Emperador las palabras que ha pronunciado sobre el poder pontificio. Le ha declarado indispensable, y esto es mucho, es inmenso, es suficiente. Pero como no se ha pronunciado la palabra *temporal*, no faltan espíritus malévulos que, apoyándose en esta omisión, deducen de ella el abandono del poder temporal por parte de Francia. Evidentemente el poder temporal está comprendido en la frase del discurso imperial, mas para quitar sus últimas armas á los partidos hostiles, la comisión ha hecho bien en unir la palabra *temporal* á la palabra *soberanía*, habiendo de la soberanía del Pontífice: con grande satisfacción lo he visto.

Habría ahora de la Convención del 15 de Septiembre y de su ejecución. La comisión manifiesta plena confianza en este punto: yo, sin embargo, si la tengo en el gobierno francés, no me sucede lo mismo respecto al Gobierno italiano.

Así pues, ¿cuáles son las intenciones de los ministros y diputados italianos? No quiero yo volver á lo que he dicho el año pasado; sin embargo, lo que entonces se dijo su resultado ha tenido, y ya recordareis las reclamaciones energicas que ha hecho nuestro Gobierno, á fin de cerrar toda salida á la mala fe.

¿Qué ha respondido Lamarmora? Ni una palabra. Lamarmora, sin embargo, ha tenido sus debilidades en el Parlamento y le hemos oído decir que la cuestión de Roma estaba aplazada, que no era malo para Italia que lo estuviese, porque en definitiva, nada perdería con el aplazamiento; que Francia tenía una manera de interpretar el Convenio de 15 de Septiembre, é Italia otra, y que cada cual se quedaba con la suya. Y en vista de tales sentimientos ¿no debemos estar inquietos por la situación del Santo Padre, después de nuestra evacuación de Roma?

Se dirá que en 1858 la proposición del Papa; pero la situación era entonces muy diferente. Napoleón al Sur, Toscana al Norte, al Oriente el Austria, formaban alrededor de los Estados Pontificios, una especie de muro de circunvalación. Desde entonces todo ha cambiado.

Y si no se tratase más que de opiniones periodísticas, pudiera dárseles poca importancia. Pero ¿cómo olvidar que desde los tiempos de Cavour se ha proclamado por el Gobierno, como voto de la nación, á Roma por capital? ¿por ventura ha sido retractado este voto?

Hace pocos días, en la sesión del 6 de Febrero, el Sr. Cantú hizo una proposición para abolir el juramento político. ¿Qué se le contestó? Por ahora no el juramento político es un arma necesaria contra la hostilidad de los Obispos para lanzarlos de sus sillas; más tarde, cuando la bandera italiana ondee en el Capitolio, lo aboliremos. Y el Parlamento ha dado su voto á esta significación suspensiva. El Gabinete actual caerá ante una mayoría que tendrá este lema en su bandera: Roma, capital de Italia.

No lo intentará este ministerio por la violencia, pero es fácil conseguirlo por la astucia: pueden lanzarse al territorio pontificio partidas disfrazadas de brigantes, provocar en Roma revueltas que den pre-

texto á una intervención y excitar demostraciones populares en favor de la anexión á Italia. ¿Qué hará entonces el Papa?

Se me dirá que tiene un ejército para mantener el orden. Yo espero que la legión extranjera al servicio del Papa llegue á ser mandada por oficiales franceses. Pero esto no basta, es menester pagar esta legión y los recursos del Padre Santo están ya muy reducidos. La revolución exigirá el reconocimiento de sus despojos, para hacerse cargo de alguna parte de la deuda pontificia.

Me diréis que soy demasiado alarmista; pero hacedos cargo que el interés que aquí defiendo es el más grande y más santo, es el interés católico: hacedos cargo de que la causa que defiendo no es la de un hombre, ni de un país, ni de un pueblo, sino la de todos los pueblos, de todos los países y de todos los hombres. Es la causa que hiere todas las fibras de la humanidad, porque todo sale de Roma para volver á Roma, como sale del corazón y vuelve al corazón.

Este es el motivo de que el mundo entero se interese en esta causa; este es el motivo por que las palabras que yo pronuncio aquí resonarán mañana en todas las familias de la cristiandad, llevándoles el gozo ó la inquietud y tristeza.

Nuestras campañas apenas entienden una palabra de las cuestiones políticas; pero todo el mundo pregunta: ¿está seguro el Papa en Roma? ¿Podemos estar tranquilos nosotros acerca de este punto? El Papa es siempre para estas honradas poblaciones rurales el Vicario de Jesucristo; el Pastor de los pastores, el Padre común de los fieles; y el sentimiento que nos anima hacia él es el más puro y el más santo, el de la piedad filial.

No os asombréis, pues; no os acuseis de exagerados cuando pedimos garantías, cuando llegamos á desconfiar de Italia, cuando declaramos que nuestra seguridad no puede reposar más que en el sentimiento católico de Francia y en la sabiduría del Emperador. (Muy bien en algunos bancos.)

Muy calamitado ha sido el Gobierno del Papa: se ha querido representarle como defectuoso, como vicioso, sin garantía alguna en favor de los pueblos, como enemigo del progreso. Esta es una calumnia. Nosotros no podemos dejar de admirar la dulzura paternal de este gobierno que ha dado á las poblaciones libertades municipales, en el cual el poder ejecutivo y la inversión de las rentas están intervinidos, los impuestos arreglados al catastro, la agricultura favorecida con premios, la instrucción desarrollada en anchas bases, las bellas artes y la industria fomentadas, un gobierno, en fin, en el que las poblaciones gozan de los beneficios de la verdadera libertad, y sin embargo ¡qué de calumnias no se han propagado contra este gobierno para llegar al despojo de los Estados que lo compone, para derribarle en fin! El partido que hace poco os he indicado, quiere extinguir en el mundo la vida social del Catolicismo y como el principio de esta vida se halla en Roma, quiere llegar á Roma para aniquilarlo. Baluarte del Catolicismo es el poder temporal de los Papas y la revolución quiere destruir este baluarte á toda costa.

Hay otro argumento que también quiero rechazar, el cual consiste en pretender que el Papa se ha opuesto siempre á toda reconciliación; y tanto los periódicos de Florencia como los nuestros, tanto los despatches contenidos en el libro *amarillo* como en otros, parece que acusan al Padre Santo de una obstinación sistemática y no justificada, de su terquedad en oponerse á la conciliación con Italia. Se cita la misión Veggezi, la cual está todavía envuelta en tinieblas, siendo necesario que se haga al fin la luz acerca de esa negociación.

El Papa estaba profundamente afligido al ver vacantes nada menos que 108 sedes episcopales. Para todas estas sillas, el Gobierno italiano no admitía el concurso de los Obispos, y quería que el Papa diera un consentimiento que implicaba la supresión de esas sillas. Al propio tiempo exigía que los Obispos nombrados solicitasen el *exequatur* del Rey Víctor Manuel y le prestasen juramento. Acerca de esto hizo el Papa su reserva: por más que el Concordato antiguo con Cerdeña hubiese sido violado, el Papa no sólo quiso considerarlo como válido para las antiguas provincias piemontesas, sino que consintió en hacerlo extensivo á la Lombardia, que el Rey de Italia poseía regularmente por la cesión que Francia le había hecho.

En cuanto á las sillas que pertenecían al antiguo territorio pontificio, consentir que los Obispos prestasen juramento á Víctor Manuel, era evidentemente reconocer la legitimidad de su posesión y sancionar el despojo de la Santa Sede. El Papa rehusó, y este fué el motivo de haberse roto las negociaciones; ya veis por culpa de quién; y si los esfuerzos del Papa no se han estrellado ante una imposibilidad. (Adhesión en muchos bancos.)

El Gobierno italiano ha ido más lejos, y muchos de sus actos nos han demostrado la poca voluntad que tenía de conciliación. Así, durante las negociaciones, sometía la enseñanza de los Seminarios á una intervención laical y caminaba ostensiblemente á la supresión de varias sillas episcopales, suprimía las comunidades religiosas y confiscaba sus bienes. ¿Qué habían hecho estas comunidades para merecer este trato? ¿Con qué objeto se intentaba su destrucción? ¿Hasta dónde se quería ir? Séanos permitido preguntarlo y ejercer cierta intervención sobre el Gobierno italiano que vive á la sombra de nuestra bandera. (Señales de aprobación.)

¿Cuál es el espíritu? ¿Cuál el objeto de las comunidades perseguidas? Su espíritu, es el más puro del Cristianismo, y su fin, un enteramente evangélico. Ellas oran por los que no rezan y espían por su piedad y abnegación los crímenes que llaman la divina venganza: ellas acuden en auxilio de los ignorantes, al socorro de los enfermos: hé ahí su objeto, hé ahí las

comunidades que se quieren suprimir. (Muy bien.)

Si el Gobierno italiano no podía llegar actualmente á una inteligencia con Roma, por lo menos debía esperar antes de disolver las comunidades y apoderarse de sus bienes que poseían con un título sagrado que no puede desconocerse; debía al menos respetar la intención de los fundadores que habían querido proveer de este modo á las necesidades del culto y de la caridad y de la enseñanza. Agotando el Gobierno italiano estos recursos preciosos, no hará más que rodearse de ruinas, aumentar los sufrimientos, multiplicar el número de pobres y afligidos en Italia.

Habría humillado al Clero, reduciéndolo al abatimiento, habría irritado á los católicos, y en fin, no habría hecho otra cosa que ahondar más el abismo que media entre él y la Santa Sede. (Adhesión en muchos bancos.)

Se me dirá: ¿la Francia no ha hecho otro tanto? sí. Nuestros padres lo han hecho, nuestros padres han acumulado estas ruinas; ¿más en qué circunstancias? en medio de tormentas y tempestades, en los vértigos de esa revolución, que no tiene antecedentes en la historia, en medio del delirio y de los arrebatos de todas las pasiones.

Italia por el contrario lo ha hecho con sangre fría, con cálculos, con premeditación: sabe muy bien que estos bienes no llenarán su tesoro, no cubrirán el déficit, pero se servirá de ellos para aumentar el número de adeptos y procurará nuevos cómplices.

No hablo de todos los objetos de arte que verá desaparecer; ¿más quién comprará estos bienes de comunidades disueltas? Los ingleses, los israelitas, los especuladores de todas las provincias y de todas las naciones, y esta Italia que quiere justificar sus iniquidades, sus violencias por el deseo de conquistar su autonomía, va á caer de cualquier modo que sea en brazos de una dominación extranjera á causa de la venta de una parte de su suelo.

Si el deseo de conciliación hubiera sido sincero, si hubiera prescindido de la condición del juramento, no se hubiera sometido la enseñanza de los seminarios á la intervención laical, no se hubiera decretado la supresión de las comunidades ni la venta de sus bienes, en fin, no se hubiera invocado solemnemente el voto de Roma, capital de Italia. (Muestras de aprobación.)

Las relaciones que existen entre el Papa y otro Soberano no son las mismas que las que existen entre los demás Soberanos entre sí. El Papa tiene un doble carácter á más de ser Rey temporal, es jefe de la Iglesia, y la Francia, cuyos Soberanos han llevado el título de hijos predilectos de la Santa Sede, tiene las mismas relaciones con la Santa Sede que las de un hijo con su padre.

Todo el que hiere á la Iglesia, hiere á los corazones verdaderamente católicos, á cualquier país que pertenezcan, y para ellos ha nacido de aquí un interés, por decirlo así, íntimo, particular, personal.

Bajo este doble punto de vista, los asuntos de Roma son los nuestros y cuando nos ocupemos de los intereses del Pontificado, no hay derecho á decirnos: Retíraos. (Aprobación.)

Bajo la reserva de las observaciones que acabo de presentar, votaré el párrafo puesto á discusión.

EL SR. ROUHER, ministro de Estado: La Convención del 15 de Septiembre ha sido atacada: parece que se desconfía de la buena fe de una de las partes contratantes hasta se han previsto dificultades en la ejecución, y partiendo de la posibilidad de que no se lleve á cabo se han enumerado los inmensos peligros que puede correr la grande institución de la soberanía temporal. (Muy bien.)

La Convención del 15 de Septiembre ha creado dos soberanías distintas. (Aprobación.) En ella se emplea la palabra poder sin ambages ni rodeos; nosotros sólo tratamos allí de la soberanía temporal. (Viva aprobación.) Se ha realizado por ayudar al Gobierno pontificio, y con ella se ha procurado consolidar este Gobierno por medio de la formación de un ejército y la disminución de la deuda pública.

¿Han sido interpretadas estas disposiciones como yo las interpreto? ¿Han comenzado á ejecutarse? Su Eminencia el señor Cardenal de Bonnechose ha dicho: «Tengo poca confianza en la sinceridad de las intenciones del Gobierno italiano: recuerdo las palabras pronunciadas en los Parlamentos de Turín y de Florencia: veo un gran peligro y lo señalo.»

Señores, cuando un Gobierno como el francés celebra un convenio ó un tratado, lo hace porque tiene confianza segura en la buena fe de la otra parte contratante; de otra suerte no aparecería al pie de ese tratado el sello de la Francia. ¿Por qué, pues, estas dudas? ¿Por qué estas sospechas que, lejos de estar justificadas, aparecen terminantemente desmentidas por los hechos?

Un ministro de Hacienda de Italia dirigiéndose á sus electores, decía hace dos meses sobre la Convención de 15 de Septiembre: «Conocéis el lugar en que esta Convención coloca á Italia. En Diciembre de 1866 deben los franceses evacuar lo que se llama Patrimonio de San Pedro, y nosotros nos obligamos á impedir las agresiones armadas contra ese territorio. Compárense con escrupulosa lealtad nuestro compromiso y será un rebelde cualquiera que intenta violarlo.»

Después de dar noticia de un documento emanado del Gobierno italiano y que prueba que están completamente interesadas en el exacto cumplimiento de la Convención del 15 de Septiembre, la firma del Rey y la hora nacional, prosigue el señor ministro de Estado en los siguientes términos:

Sin embargo, el Gobierno francés sabe que el Cardenal Antonelli ha dirigido en nombre de la Santa Sede una circular capaz de sembrar la inquietud y desconfianza de los espíritus. El ministro de Negocios extranjeros mandó con este motivo el 10 de Diciem-

bre de 1865, una nota á nuestro encargado de Negocios de Roma, y el 2 de Enero del señor barón de Malaret contestó al ministro que nadie pensaba en faltar á su palabra y que tenía de ello seguridad completa.

Nada más leal podía esperarse que esta respuesta que expresaba la voluntad sincera de ejecutar la convención. Y los hechos vienen á confirmar las palabras: estos hechos son la formación del ejército pontificio y la repartición de la deuda romana.

La formación del ejército se está llevando á cabo; en tiempo de Moisés Merode el ejército se componía de siete á ocho mil hombres y ahora cuenta doce mil. Recrutábase soldados en Suiza, Bélgica y Alemania, y al propio tiempo el Gobierno francés, poniéndose á disposición del Soberano Pontificio, se encarga de organizar parte de este ejército.

Se desea la formación de un batallón extranjero de 1,200 hombres, é inmediatamente se adopten las disposiciones para que se verifique; se compendrán de soldados y oficiales franceses, sin que ninguno de ellos pueda perder su calidad de ciudadano. Este batallón será organizado é instruido en Antibes, de donde será trasladado á Civita-Vecchia en buques de la marina imperial, y puesto á disposición del Gobierno del Padre Santo. (Muy bien, muy bien.)

Todo ha sido previsto, hasta los más minuciosos detalles: la paga de estos soldados, sus derechos, pasivos, sus ascensos, en fin, todo ha sido objeto de un convenio; y me preguntáis si el tratado es una ilusión ó un sueño! No ha sido lealmente concertado, y será lealmente ejecutado.

Vamos adelante. ¿Cómo se puede repartir, se pregunta, la deuda entre los Estados romanos y el nuevo reino de Italia? ¿Cómo puede ponerse el Gobierno italiano frente del de Pio IX? ¿No producirá más bien un conflicto que un arreglo amistoso? No, señores; se examina, se discute por la mediación benévola de la Francia, y ahora mismo, en este momento que hablo, parten de Florencia y de las Cancillerías italianas todos los documentos necesarios para la terminación de este importante asunto. Todo ello se hace por la mediación del Gobierno francés, que animado de los sentimientos más benévolos, y para evitar toda susceptibilidad, no ha querido que fuesen directas las negociaciones entre el Padre Santo y Víctor Manuel.

Su eminencia el Cardenal de Bonnehose ha dicho que el mal éxito de la negociación Vegezzi, ha debido hacer desconfiar á Francia del cumplimiento de la Convención de Setiembre. Señores, no quiero indagar cuál de las dos partes tuvo razón en aquellas negociaciones. Lo que puedo decir es que Francia procuró entonces, como procura siempre, conciliar á Florencia con Roma. Las negociaciones comenzadas bajo los mejores auspicios fracasaron en Roma. El Padre Santo pensó que los Obispos no debían prestar juramento al Rey de Italia. Esta no era cuestión que debió tratarse, se dejaba á los Obispos la libertad de decidir si debían ó no prestar juramento.

SU EMINENCIA EL CARDENAL DE BONNEHOSE: No sabía eso.

EL SR. ROUHER: No entiendo las observaciones del señor Cardenal.

MONSEÑOR BONNEHOSE: Digo, señor ministro, que los documentos no dicen lo que S. S. dice.

EL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO: Admito la observación de Monseñor. Por parte de Su Santidad había escrupulos, y por parte de Víctor Manuel el deseo natural de no desgarrar con sus propias manos la organización de su reino. Ambos sentimientos son igualmente respetables, pero no puede deducirse de aquí la imposibilidad de la reconciliación de los dos Soberanos. Los cálculos humanos fallan; el porvenir es desconocido y sin embargo son preguntas, ¿qué hará Francia? El año último contestó á esta misma pregunta en este mismo sitio. La cuestión ha sido resuelta, y ya os lo he dicho, el Gobierno se ha reservado la libertad de acción: no es posible ahora declarar el uso que hará de esta libertad el día de mañana. (Varios señores.—No, no.) Esto sería encadenarla, destruirla. (Es justo. Muy bien.)

¿Y á quién aprovecharía declarar ahora que Francia no dejará á Roma ó volverá á Roma? ¿Creeis que en derredor del Trono del Padre Santo no existen deseos vivísimos de que la reconciliación no se realice? ¿No habéis visto indicios de estas esperanzas en el lenguaje del señor conde Segur-D'Aguessseau, á quien por política no quiero contestar?

A la pregunta ¿qué hará Francia? contestó ya Billault en 1861 cuando dijo: «No, no es posible volver las bayonetas francesas contra Italia, y los mensajeros del Senado y del Cuerpo legislativo aprobaron la reserva del orador del Gobierno.

Existen todavía algunas esperanzas, algunas fórmulas ardientes, y queréis darles fuerza por medio de una declaración intempestiva? Allí hay un peligro á que á la verdad no doy importancia; pero también existe otro. Si el Gobierno dijera que su resolución era firme; que las bayonetas francesas no volvían de Roma, no equivaldría esto á dar el santo y seña á las pasiones revolucionarias para desencadenarse é invadir el asilo del Pontífice? Nuestras declaraciones serían la causa única de tan gran desgracia.

Esta cuestión tan difícil, camina por una senda de moderación trazada entre dos escollos; progreso, en una palabra, entre la reacción ciega y la violencia revolucionaria. Entre estos dos términos inconciliables, la voluntad del Emperador ha proclamado otro nuevo que es la conciliación, y que debe seguirse y sostenerse con perseverancia.

A los hombres bien templados, á los corazones verdaderamente católicos, les ha ofrecido una bandera á la cual deben unirse: esta bandera lleva escrita la palabra «conciliación»: en ella está el porvenir.

TELEGRAMAS.

FLORENCIA, 15.—La Cámara italiana ha aplazado la discusión política.

MANANA se discutirá el ejercicio provisional, de cuyo asunto parece que el Gobierno no quiere hacer cuestión de Gabinete.

PARIS, 15.—Hoy el cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 215; el 3 por 100 portugués á 45 1/2; el cambio sobre Lisboa á 540; el 5 por 100 italiano á 61 05; el crédito territorial francés á 1,318; el crédito mobiliario francés á 773; el español á 405; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 80; y el del Norte de España á 170.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 34 3/4; y en Amberes á 34 0/0.

LONDRES, 15.—En la Cámara de los Comunes ha versado la discusión sobre el proyecto del Gobierno para desterrar la epidemia del ganado, llamada epizootia. Mr. Kunt ha propuesto una enmienda prohibiendo el transporte de animales por ferro-carriles, canales y caminos hasta el 23 de Marzo próximo.

La enmienda fué aprobada por la mayoría de 83 votos contra el Gobierno.

PARIS, 16.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 00 0/0; el exterior, á 00 0/0; la ditienda, á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 69-00, y el 4 1/2, á 99-60.

LONDRES, 16.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 7/8 á 88.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 17 DE FEBRERO DE 1866.

Los Gabinetes de Madrid y Florencia.

Habiendo principiado los periódicos á juzgar con alguna extensión la Nota que el general Lamarmora, presidente del Consejo de ministros de Víctor Manuel, ha dirigido á nuestro Gobierno por mediación del representante de este Monarca en Madrid, parecemos que nos será dado aventurar algunas palabras en el examen de este documento, que ya conocen nuestros lectores.

Para su comodidad, ante todas cosas, debemos reproducir la nota ó despacho de nuestro Gobierno sobre que recae la del general Lamarmora, pues aunque la hemos insertado, como todas las de la colección del *Libro rojo*, en las columnas de EL PENSAMIENTO, ménos molesto que buscarla, será para nuestros suscritores verla aquí segunda vez copiada.

Dice así:

«El ministro de Estado al embajador nombrado de S. M. en Roma.—San Ildefonso, 8 de Noviembre de 1865.—Excmo. señor: Despues de haber manifestado á V. E., en el despacho correspondiente, las intenciones y propósitos del Gobierno de S. M. sobre los asuntos sometidos á la gestión y cuidado de la embajada de que en breve deberá hacerse cargo V. E. cumples llamar muy especialmente su atención sobre los particulares á que el presente despacho se refiere. Las instrucciones á que estos dan lugar completarán el conocimiento que ya V. E. tiene de las miras del Gobierno, en cuanto concierne á la delicada cuestión de Roma, y del verdadero fin que le guía en tan importante materia, el cual naturalmente habrá de reflejarse en la conducta de V. E.

Conviene, pues, en primer lugar, que V. E. aproveche cuantas ocasiones se le presentaren para asegurar, así á Su Santidad como al Cardenal Antonelli, que la católica España profesa hoy, como siempre, el más profundo respeto y las más vivas simpatías al Padre Santo, que uno de los principales móviles que la han impulsado á reconocer el reino de Italia ha sido precisamente el poder emplear con mejor resultado sus esfuerzos en favor del poder temporal de la Santa Sede. Para persuadir á V. E. más y más del pensamiento del Gobierno en este punto, y para que consten de una manera fehaciente cuáles son sus verdaderas intenciones, acompaño á V. E. el despacho que dirigí al embajador de S. M. en París, en 14 de Octubre anterior, por el cual V. E. encontrará ocasión de leerlo con detenimiento.

Conviene asimismo que V. E. aproveche, siempre que pudiere, la ocasión para hacer presente que España, que ni ha perdido ni tiene que conservar territorio alguno en Italia, ni fines políticos á qué atender, y que carece, en suma, de toda clase de miras interesadas, vería con gusto las reformas que se hiciesen en Roma para precaver el único peligro eventual que puede amenazar al Santo Padre, que es el de una revolución interior, supuesto que las disposiciones del convenio de 15 de Setiembre le ponen á cubierto de todo género de amenazas. *Salvado así el principio del poder temporal, que tanto interesa á todo el mundo católico, y no arriesgando lo que hoy posee la Santa Sede, quizá pueda esperarse que el tiempo y la Providencia se encarguen de devolverle lo que ha perdido.*

Al hacer estas indicaciones, cuando una ocasión favorable se ofrezca, debe V. E. tener muy presente que es necesario evitar que se sospeche que el Gobierno español aspira ó pretende ó tiene la más remota intención de ingerirse en la política interior de la corte de Roma, y que la expresión de esa opinión es únicamente hija de su interés por el Pontífice y de su convicción de que de este modo podrán evitarse los únicos peligros que pueden amenazar la existencia del poder temporal.

Restame sólo advertir á V. E., para terminar este despacho, que, siendo todo aquello que á Roma se refiere la cuestión de mayor importancia para España, el Gobierno espera que V. E. le tendrá al corriente é informado con puntualidad de cuanto allí ocurra.

Dios, etc.—(Firmado).—M. Bermudez de Castro.

Repárese ante todas cosas la fecha de este documento—8 de Noviembre de 1865.—El Gobierno estaba en la Granja, y había visto el mal efecto que en la conciencia pública, en los sentimientos de la nación hizo el reconocimiento, tan gratuitamente, tan en pura pérdida (por valerlos de un galicismo del artículo de *Desagravios*), llevado á cabo; y quiso dar una especie de satisfacción al país, dirigiendo el primer despacho á nuestro embajador en Roma, en los días críticos en que este se disponía á marchar para la capital del orbe católico.

El Gobierno, con el reconocimiento trató de captarse las simpatías ó cuando ménos la benevolencia del partido francamente revolucionario. No lo consiguió; pero, en cambio, tuvo contra sí á las personas de vivos y profundos sentimientos religiosos; y el 8 de Noviembre, desando contemporizar con estos, encargó al Sr. Isturiz en el momento de partirse á la capital del orbe católico para presentarse á nuestro Santísimo Padre por primera vez, después del reconocimiento, que manifestase al Papa deseos de salvar los restos del poder temporal y esperanzas de que el tiempo y la Providencia se encarguen de volver á la Santa Sede lo que ha perdido.

Hoy se han hecho públicos ámbos documen-

tos, ó por mejor decir, los documentos de ámbos sistemas de política; y el Gabinete de Madrid, que ha pretendido servir á dos señores, puede desengañarse una vez más de que no ha sabido dar gusto á ninguno.

¿Quiere esto decir que el Gabinete de Florencia tenga razón en su despacho? De ninguna manera. El general Lamarmora incurre en un sofisma que se llama en las escuelas petición de principio.—«El Gobierno de Florencia, dice, es Italia, Italia son los actuales Estados Pontificios, ó sea, el Patrimonio de San Pedro; luego el Gabinete de Madrid se ingiere en nuestros negocios interiores, se entromete en nuestras cuestiones domésticas, hablando al Papa de la conservación del poder temporal y de las esperanzas de recuperar lo que se le ha robado.»

El Gabinete de Florencia parte de un supuesto que se le niega y que debía probar como principio de su argumentación. No: el Gabinete de Florencia no es Italia. Aun considerada la cuestión de hecho, hay hoy cuatro Italías, esto es, cuatro distintas nacionalidades en Italia, prescindiendo por un momento del derecho que no prescribe: la Italia de la Santa Sede, la Italia que posee el Rey de Cerdeña, la Italia del Austria y la Italia francesa. Es por consiguiente ridícula arrogancia que el general Lamarmora llame negocios interiores á los de Roma.

En lo único en que puede apoyarse, no como razón, sino como pretexto, es en el nombre que lleva ese titulado reino, de cuyo Gobierno forma parte el general Lamarmora. Y por aquí puede ver el Gobierno español cuán importante y cuán grave cosa es el reconocimiento que ha hecho, aunque se quiera reducir á la simple categoría de reconocimiento de hechos consumados.

De llamarse la nueva titulada nacionalidad, reino de Italia, deduce el Gabinete de Florencia que toda Italia es suya, y recueta las pretensiones, ridículas ya, de los primitivos italianismos, queriendo hañar con ellas al partido más ferocemente revolucionario. Aquí puede ver el Sr. Bermudez de Castro con cuánta lógica y con cuánta previsión al propio tiempo procedemos los católicos verdaderos, rechazando hasta el nombre de lo que el Gobierno de S. M. Católica ha reconocido; porque nosotros somos en esta parte del mismo parecer que el Sr. Cánovas del Castillo, ministro de Ultramar y compañero del Sr. Bermudez de Castro: para combatir la revolución es menester atacarla desde sus primeras manifestaciones: ó represión absoluta, ó perdición completa.

Hoy la *Gaceta* publica la contestación que da el señor ministro de Estado al general Lamarmora, y debemos apresurarnos á declarar, que, en general, y dada la situación en que por culpa suya se ha colocado el Gobierno, la nota del Sr. Bermudez de Castro nos parece más digna de elogio que de censura. Suprimáse de ella las expresiones de simpatía hacia la obra de Víctor Manuel; añádase un poco de más energía y claridad en el reconocimiento y confesión de los derechos de la Iglesia, y todo lo demás, dados los compromisos del actual Gobierno, puede muy bien ser aceptado. El señor Bermudez de Castro debe tener presente que nada más patriótico, nada más popular, nada más justo y quizá nada más conveniente y favorable á la conservación misma del Gabinete de que forma parte, pudiera hacer en estos momentos que conducen las cosas de manera que llegásemos pronto, muy pronto, á un rompimiento de relaciones diplomáticas con el Gobierno de Florencia.

El Gobierno sabe con cuánta lealtad, con cuánto desinterés le damos este consejo; las razones en que lo apoyamos no las expondremos hoy. Alguna indicación acerca de ellas podrán ver nuestros lectores, si repasan con cuidado el artículo que acerca de estos asuntos publicamos en nuestro número de ayer.

Hé aquí el despacho que publica hoy la *Gaceta*, y á que nos referimos en el precedente artículo:

MINISTERIO DE ESTADO.

AL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE S. M. EN FLORENCIA.

MADRID, 16 de Febrero de 1866.—Excmo. Sr.: El día 11 del actual el marqués de Tagliacarne vino á darme lectura de un despacho que le dirigí el excelentísimo señor general Lamarmora con fecha del 5, y que antes de llegar á mi noticia había sido publicado en el número de la *Gaceta* oficial de Florencia correspondiente al 9.

Un día después de la lectura, el 12, recibí casi á un tiempo la copia que se sirvió enviarme el representante italiano, y la noticia telegráfica de que los periódicos franceses reproducían en sus columnas la propia comunicación.

Esta publicidad anticipada, lo muy acorde en verdad con los usos diplomáticos generalmente seguidos, y que me excusa de trasladar á V. E. el documento de que se trata, da á este un carácter distinto y más significativo del que ordinariamente tienen las comunicaciones entre dos Gobiernos amigos, y me pone en el caso de publicar á mi vez el presente despacho para corresponder en un todo en mi respuesta á la forma en que ese señor ministro de Negocios extranjeros me ha dirigido las observaciones de que paso á hacerme cargo. Más antes de contestarlas conviene á mi propósito recordar algunos antecedentes.

Cuando el Gobierno de la Reina, animado del deseo de renudar sus antiguas relaciones de amistad con el reino de Italia, hizo espontáneamente la primera indicación de su intento al barón Cavalcini, encargado de Negocios entonces de S. M. el Rey Víctor Manuel, puso especial cuidado en fijar previamente, de una manera clara y terminante, la signifi-

cación y verdadera importancia del acto que se proponía llevar á efecto.

En su vista, el general Lamarmora, impulsado por idéntico deseo, se adelantó á declarar, con igual espontaneidad por su parte, en despacho de 5 de Julio del año anterior, que, en su concepto, el hecho de reconocer un Estado á otro no tenía por sí mismo más ni ménos alcance que el restablecimiento puro y simple de las relaciones diplomáticas en la forma debida, sin que en manera alguna pudiese ligar la política de uno de los dos Estados á la del otro.

A esta definición tan inequívoca de lo que significaba el reconocimiento, en sentir de S. E., correspondieron las no ménos francas explicaciones dadas por mí en un despacho dirigido en 12 del mismo mes al encargado de Negocios de España en Florencia, y comunicado por el Sr. Zarco del Valle, mediante lectura y copia, al ministro de Negocios extranjeros del Rey de Italia. Principiando por mostrarme en aquel despacho conforme con el Gobierno italiano en que el reconocimiento no podía, ni respecto de lo pasado ni para lo porvenir, ligar la política independiente de ninguna de las dos naciones, añadí que España no había ocultado su juicio sobre los acontecimientos ocurridos en la Península italiana durante los últimos años, y que, por consiguiente, ni el reconocimiento implicaba la aprobación retrospectiva de la política seguida por el Gobierno de S. M. el Rey Víctor Manuel, acerca de la cual España se había reservado siempre la más completa libertad de opinión, ni ménos c-e la lastimar con él ajenos derechos, ni aun prejuzgar siquiera las cuestiones que de estos se originasen.

Al expresar el general Lamarmora su manera de entender é interpretar el acto del reconocimiento, y al aceptarlo yo en la forma que acabo de exponer, dábamos ámbos tal prueba de sinceridad y amplia franqueza, que no parecía que pudieran jamás suscitarse dudas sobre el particular. España, pues, mediante las anteriores declaraciones, quedaba en plena libertad de seguir, aun después de reconocida Italia, la política que más conveniente juzgase para sus intereses.

En tal supuesto, no ha podido dejar de sorprenderme que el general Lamarmora se crea hoy en el caso de mostrarse quejoso y resentido por las gestiones que España haya hecho ó trate de hacer respecto de la cuestión romana, mayormente cuando esta cuestión estaba también prevista, y sobre ella se había expresado el Gobierno de la Reina de un modo tan explícito que no dejaba lugar á la menor equivocación.

«Sin poner en duda, decía yo en el ya citado despacho de 12 de Julio, los propósitos pública y repetidamente manifestados por el Gobierno italiano, de respetar la autoridad espiritual y el territorio de la Santa Sede, el Gabinete de Florencia comprenderá los deberes que nos impone nuestra situación de Potencia exclusivamente católica. Y en este concepto no me parece inútil añadir que, al reanudar nuestras relaciones oficiales con el Gobierno del Rey Víctor Manuel, y al reconocer su nueva y engrandecida Monarquía, no entendemos de modo alguno debilitar el valor de las protestas formuladas por la corte de Roma.»

Nada puede darse más explícito: si reconocíamos el hecho de estar incluidas en el nuevo reino de Italia varias provincias que antes pertenecieron á los dominios pontificios: si no por eso queríamos debilitar el valor de las protestas del Santo Padre, y si estas protestas, que de tal modo respetábamos, se referían á pasados acontecimientos, es evidente que, á no incurrir en grave é inconcebible inconsecuencia, las palabras que acabo de transcribir daban á conocer de antemano nuestra opinión, contraria á toda política que propendiese á desmembrar en lo sucesivo el territorio que, entonces como ahora, constituía el patrimonio donde el Sumo Pontífice ejerce su soberanía temporal.

Al seguir, pues, constantemente los principios que con tanta claridad y franqueza me cupo la honra de exponer en aquella ocasión al ministro de Negocios extranjeros de Italia, España no ha hecho nada nuevo ni demostrado variación alguna de conducta ó de ideas en la que pueda fundarse S. E. para decir que los pasos dados por el Gobierno español no están de acuerdo con las declaraciones que precedieron al reconocimiento, las cuales debo yo recordarle á mi vez, fundado en el texto de nuestros respectivos despachos á los agentes diplomáticos de una y otra nación.

De buena fe y animados de la más viva simpatía hemos reconocido el reino de Italia, tal como hoy se halla constituido: por consiguiente cualquiera modificación que tuviese en lo futuro traería las cosas á un estado nuevo y distinto que ni España ni Europa han reconocido ni sancionado de antemano, y que por lo mismo las naciones todas podrían reconocer ó no con absoluta libertad.

Pero todavía es más inexplicable la sorpresa del general Lamarmora si se tiene en cuenta que, con anticipación al despacho de 12 de Julio, habíamos anunciado públicamente nuestro firme propósito de gestionar en favor del poder temporal del Papa. En mi despacho de 26 de Junio último, dirigido al embajador de España en Roma, decía yo que «para ser útil algún día á los santos y permanentes intereses del Pontificado, era indispensable que España renudase sus relaciones políticas con el reino de Italia, entrando en el concierto europeo, y habilitándose así para hacer oír su voz y emplear la influencia que le diesen las circunstancias en favor de la independencia y dignidad de la Santa Sede.» Este despacho fué impreso en los periódicos italianos del 10 de Julio, y no podía por lo tanto dejar de ser conocido del señor general Lamarmora.

Mas S. E. apoya sus observaciones y argumentos en lo explícito de sus declaraciones acerca del convenio de 15 de Setiembre; y siendo así, me creo en el deber de recordar los hechos que las motivaron.

Partiendo de un error cometido por el barón Cavalcini al dar cuenta de la conferencia que tuvo conmigo sobre estos delicados asuntos, entendió S. E. que el Gobierno español trataba de fundar su determinación de reconocer á Italia en el hecho de haberse celebrado el referido convenio, y que además pretendía poner en cuestión la manera de interpretar aquel solemnemente. En este equivocado concepto juzgó oportuno hacerme presente que los dos Estados contratantes habían fijado ya entre sí en forma regular y por la vía diplomática la interpretación que debía darse á sus cláusulas.

Esta declaración provocó una respuesta de mi parte, en la cual convine en que, siendo las referidas

estipulaciones obra exclusiva de Italia y Francia, exclusivamente era igualmente el derecho de ámbas á entender su interpretación y cumplimiento; pero añadí también que, tratándose de un asunto que tan directamente afectaba á todas las naciones católicas, España había seguido desde el principio y con el mayor interés, no sólo las negociaciones, sino los comentarios públicos y oficiales de que había sido objeto aquel convenio por parte de las dos Potencias signatarias; y que en virtud de aquellas explicaciones, y muy particularmente de las que dió Mr. Rouher al Cuerpo legislativo en la sesión del 15 de Abril, el Gobierno de la Reina había formado su opinión definitiva en la materia.

Las explicaciones á que me refería constan en los despachos de 28 y 30 de Octubre de 1864, dirigidos por Mr. Drouyn de Lhuys al barón Malaret, ministro de Francia en Florencia, y en el discurso de monsieur Rouher ántes citado, en el cual afirmó que la anexión de Roma á Italia era cuestión de equilibrio europeo, y entraba en la jurisdicción de todo el orbe católico.

Las declaraciones que aquellos documentos contienen, y que fijan la significación del convenio, proceden de una de las dos Potencias que lo celebraron, y fueron hechas ántes del restablecimiento de nuestras relaciones con Italia. Ellas nos servirán de guía; con ellas y por ellas formamos nuestro juicio sobre tan importante pacto, y por lo tanto importa que el general Lamarmora considere, y V. E. deberá llamar su atención sobre este punto, que si las consecuencias de tales declaraciones y doctrinas no están conformes con las ideas de S. E.; que si las tiene por la negación misma del derecho público italiano, y cree que, de realizarse, el pueblo y el territorio de Roma se verían sometidos á una especie de amortización en provecho del Catolicismo, no es ciertamente al Gobierno de la Reina, por más que con ellas esté de acuerdo, á quien debe dirigir sus argumentos para refutarlas.

Entiendo que S. E. padece una equivocación al asegurar que el Gobierno español se había reconocido extraño por completo á todas las cuestiones políticas y territoriales enlazadas con la soberanía pontificia; pues si bien es cierto que se confesó ajeno á la celebración del convenio de 15 de Setiembre, no lo es que se mostrase indiferente á la cuestión de Roma. De ello ofrece una prueba innegable el despacho de 12 de Julio, y en cuyo texto se asegura, y no una vez sola, el vivo y constante interés que inspira á España la suerte del Pontificado y la conservación del poder temporal, sin ocultar tampoco que, á los ojos del Gobierno de la Reina, el convenio de 15 de Setiembre era un testimonio solemne, ofrecido por el Gobierno de S. M. el Rey Víctor Manuel de su resolución de poner término á las agitaciones de Italia, y una pública garantía para Europa. Nada de lo dicho entonces, nótese bien, ocasionó observación ni reparo por parte del Gabinete de Florencia.

Estamos, pues, en el derecho de afirmar que no nos hemos desviado de la línea política que nos trazamos, y que lejos de encubrir manifestamos desde un principio con lealtad y con franqueza. Ni se puede llamar ingenuidad, como el general Lamarmora lo hace, á los pasos que hemos dado, por medio del embajador de S. M. en París, cerca del Gobierno imperial. El mostrarnos ajenos á la celebración del Convenio de 15 de Setiembre, confesando en su consecuencia que no nos competía ni interpretarlo ni hacerlo cumplir, no puede significar como antes he dicho, que fuésemos indiferentes con respecto á la cuestión de Roma, ni que reconociésemos como válida la doctrina de que sólo á Italia y á Francia corresponde el derecho de ocuparse en lo que atañe á un Estado independiente cual es la Santa Sede; ni mucho ménos pudo privarnos de la facultad y del derecho de hacer observaciones á un Gobierno amigo, cuya opinión acerca de aquel acuerdo era idéntica á la nuestra, que daba igual importancia que nosotros á la conservación del poder temporal, y cuyo consentimiento, para que Roma llegase á ser la capital del nuevo reino, había declarado necesario uno de los hombres más notables de Italia, el conde de Cavour.

No hemos, pues, intentado acto alguno de ingerencia al manifestarnos conformes con la significación que el convenio tiene en concepto del Gobierno imperial, ni al usar del derecho que nos asiste de ocuparnos en una cuestión cuyo interés para España jamás hemos ocultado, y si alguna prueba se necesitase de la verdad de esta aseveración, bastaría considerar que Francia, lejos de rehazar nuestras gestiones, las ha escuchado y recibido en el mismo sentido amistoso en que las hacíamos. Y era natural que así sucediese: los esfuerzos de España en favor del poder temporal están exentos de toda mira ulterior que pueda hacerlos aparecer como interesados; sus opiniones se hallan además de acuerdo con lo que acerca de este punto ha expuesto repetidas veces el Gobierno imperial, cuyas declaraciones han sido reproducidas en época muy reciente, según consta por el despacho que dirigí el barón Malaret al ministro de Negocios extranjeros del Emperador con fecha 2 de Enero último. En él, entre otras cosas, dice terminantemente el representante francés que en más de una ocasión había manifestado en nombre de su Gobierno á S. E. el general Lamarmora que Francia, al ajustar el convenio de 15 de Setiembre, lo hizo con el propósito de asegurar la coexistencia en Italia de dos soberanías distintas: la del Papa, reducida á sus actuales proporciones, y la del nuevo reino. Este estado de cosas fué lo que España reconoció al reanudar sus relaciones con Italia; por lo tanto no se le puede acusar con fundamento de querer entrometarse en la interpretación del convenio, puesto que en la ocasión presente no hace más que adherirse á la explicación constantemente dada por una de las partes contratantes, con quien parece que debe estar la otra conforme.

Pero aun cuando hubiera razón, que ciertamente no la hay, para acusar á España de ingerencia, todavía creo que la repulsa que esta conducta merecería correspondiera en su caso al Gobierno francés, y de ningún modo á S. E. el general Lamarmora, cerca del cual no hemos dado paso ni hecho gestión de ninguna clase respecto de este asunto. En resumen el Gobierno de la Reina no puede considerar como dirigidas á él unas observaciones que no ha provocado con su proceder, ni con declaraciones y doctrinas que espontáneamente se apropia y hace suyas, es cierto, pero de las cuales no puede ser tenido como autor.

El señor general Lamarmora, en otra parte de su despacho, aun á riesgo de destruir uno de los principales fundamentos de sus quejas, reconoce la completa libertad y recíproca independencia que ámbos Gobiernos, español é italiano, se reservaron al reanudar

sus relaciones; pero á continuación me atribuye un lenguaje y unos actos poco benévolos hacia Italia.

Si estos actos á que alude no son otros que los que constan en los documentos publicados, dice V. E. asegurarle que, al desear la conservación del poder temporal del Papa, no me anima ni anima al Gobierno de la Reina sentimiento alguno que no sea benévolo para la Monarquía italiana.

No soy el único ni es España la sola Potencia que cree útil y necesario el poder temporal para el ejercicio digno y libre de las atribuciones espirituales del Padre común de los fieles; mas de aquí no se ha de inferir, como lo hace el general Lamarmora, lamentando verme colocado en este terreno, que yo haya sostenido como conveniente la confusión de las potestades espiritual y civil en las relaciones de Roma con los demás Estados católicos.

El párrafo del despacho de 8 de Noviembre á que S. E. se refiere no significa ni anuncia la esperanza de que ciertas provincias comprendidas hoy en el reino de Italia se separen de él en lo sucesivo. El Gobierno español juzga, y no es tampoco el único en esta manera de ver, que tanto á Roma como á Italia les conviene una avenencia y íntima reconciliación, supuesto que ámbos Estados han de existir frente á frente y á un tiempo mismo.

Partiendo de este principio, si el general Lamarmora vuelve á leer el párrafo en cuestión, creo que se convencerá de que la frase á que alude puede ser considerada como un argumento en favor del fin que me proponía al escribirla; argumento fundado en ejemplos recientes y en la posibilidad de nuevos acontecimientos en la Península, en virtud de los cuales pudiera llegar el caso de que Roma volviese á entrar en posesión de algunas de sus antiguas provincias sin menoscabo de la unidad, y que esto se realizase pacíficamente con el consentimiento del mismo Gobierno italiano y en provecho de todas las partes interesadas.

Creo haber respondido puntualmente al despacho dirigido por el general Lamarmora al representante de su nación en este corte; pero no concluiré sin encargar á V. E. que procure disipar cualquier prevención que pueda abrigar el Gobierno italiano acerca de los sentimientos que animan al de S. M. la Reina. Sirvase, pues, V. E. manifestar á ese señor ministro de Negocios extranjeros que, si España, fiel á sus promesas y compromisos, y en virtud de la libertad que se reservó y de las declaraciones que hizo al recordar las relaciones diplomáticas, se interesa vivamente por el mantenimiento de la soberanía temporal de la Santa Sede, no por este deja de sentir hacia el reino de Italia la mayor amistad y simpatía. De ello es buen testimonio la espontaneidad del reconocimiento, y lo son también los discursos pronunciados por mí en el Senado. El general Lamarmora no debe, por último, dudar de la sinceridad con que deseamos conservar y estrechar las buenas relaciones que nos unen á un pueblo que tiene igual origen que nosotros é instituciones semejantes á las nuestras.

Sirvase V. E. dar lectura del presente despacho á ese señor ministro de Negocios extranjeros, y dejarle copia si así lo deseara.

Dios, etc.—Firmado.—M. Bermúdez de Castro.

Doctrinas del Sr. Posada Herrera ministro de la Gobernación.

ARTÍCULO II.

El otro punto del discurso del Sr. Aparisi á que contestó el señor ministro de la Gobernación en la famosa sesión del Congreso de 4 de Julio, fué, como recordamos en nuestro primer artículo, una como expresión profética del ilustre orador católico, en cuyos ojos, fijos en el porvenir, se ofrecían las muchedumbres ciegas, despojadas por los sofistas revolucionarios de toda esperanza en el cielo, y despojando á su vez á los ricos de los bienes de la tierra. «El día en que ciertas doctrinas (son las palabras textuales del Sr. Aparisi) penetren en las cabanas de los pobres; el día en que los pobres ilustrados dejen de ver su herencia mas allá del sepulcro; el día en que un filosofismo impío les robe ó debilite en ellos su divina esperanza de una herencia en el cielo, las muchedumbres ciegas y desbordadas procurarán pasarlo bien en la tierra.»

No es fácil espesar con mayor claridad, con tanta sencillez, con imágenes más bellas una verdad palmaria, reconocida singularmente de todos los hombres de Estado, incluso los que por su destitución no tienen fe. Apenas se concibe que haya quien niegue la poderosa influencia, ó por mejor decir, la necesidad del dogma de la vida futura y de las penas y recompensas decretadas por la divina justicia para contener á los hombres en los límites del orden moral y moverlos por los senderos de la virtud; hasta los mismos gentiles reconocieron esta verdad, poniendo por base de las costumbres públicas y privadas el temor de los dioses, que llevaba consigo el de las penas de la vida futura. Los mismos filósofos racionalistas que pretenden formar una moral sin la idea de Dios y de sus divinas sanciones, y por consiguiente una sociedad sin Religión, todavía creen que conviene conservar en las masas las santas prácticas del Cristianismo, sin duda porque su moral filosófica, toda erizada de fórmulas abstractas, es solo propia de ciertas almas elegidas, cuya razón se juzga poderosa para conocer el bien en todas sus aplicaciones, y cuya voluntad se cree superior á todos los estímulos de la sensibilidad. Pero las turbas, como llaman á la generalidad de la nación, á los pobres, los escritores liberales y democráticos, las turbas no entienden una jota de esa moral racionalista, especulativa y al mismo tiempo mezquina y ruin, pues no sabe levantar el espíritu á la consideración de los bienes eternos; las turbas no saben separar la virtud de la felicidad, como los discípulos de Kant; antes miran la felicidad como el término, la corona de una vida honesta, pura, resignada. En lo cual siguen el rumbo de la moral verdadera, de la moral católica, que nos llama á todos á la felicidad de la otra vida practicando en esta la virtud, cifrada principal-

mente en el sacrificio de los deleites temporales; y que aún nos hace felices aquí bajo, cuanto es posible serlo, con la divina esperanza de la herencia celestial. Esta dulce y tiernísima esperanza es uno de los polos del mundo moral, es la columna luminosa que conduce al hombre por medio del desierto de este mundo á la tierra prometida; es la estrella de los que navegan con rumbo á la eternidad. Su primid esta luz en el corazón humano, esta luz que le muestra los bienes y gozas sempiternos, y vereis como en el punto mismo se convierte hacia los bienes caducos del mundo y como pone en ellas el bien sumo, la felicidad que anhela. No le habéis entonces de virtudes morales, de amor de Dios hasta del desprecio de sí mismo, de hacer bien á los demás hombres hasta morir por ellos, de vivir una vida casta y sobria; ¡qué le importa todo esto si después de todo no resplandece ante los ojos de su sé como una celestial esperanza, la corona de la inmortalidad? ¡Ni qué temor puede contenerlo en las vías de la justicia fuera de las penas civiles, tan fáciles de eludir á los más astutos y prepotentes?

No es, pues, de maravillar que el Sr. Aparisi temiese tanto de las muchedumbres el día que los sofistas contemporáneos acabasen de robarles la luz celestial de la esperanza.

Y qué contestó á tan noble, á tan bella y probada doctrina del orador católico el señor ministro de la Gobernación?

El Sr. Posada Herrera comenzó desfigurándola para combatirla:

«No entiendo las cosas de cierto modo, no explico este amor á la Religión católica como algunos en el día de hoy le aplican y le entienden; es decir, como un preservativo, como un medio de que las clases inferiores de la sociedad vivan resignadas y sujetas, y no envidiosas y tranquilas, mientras que las clases superiores gozan de los bienes que les ha concedido la fortuna.»

De este modo, señores, entienda muchos la utilidad de la Religión cristiana, y por eso la sostienen. Yo estoy muy ajeno de defenderla de esta manera, porque defenderla como lo hace el Sr. Aparisi, es ofenderla; es defenderla de un modo interesado.»

Hé aquí cómo empieza á insinuarse el sofisma. El ministro se propone combatir la doctrina de la sanción divina de las penas y recompensas de la vida futura; y antes de dar el golpe siente un supuesto falso, á saber que el señor Aparisi defendía la Religión solo como preservativo contra el desbordamiento de las muchedumbres. ¿Cuándo negó nuestro ilustre orador la excelencia intrínseca de la Religión, su valor inestimable fundado en su misma verdad y santidad? ¿Acaso es desconocer este valor, es ofender á la Religión el decir que uno de sus frutos en el orden social es la resignación que infunde en las clases pobres, con que les hace llevadera y aun suave su miserable condición? Antes es este uno de los argumentos que más claramente prueban el benéfico influjo del espíritu cristiano en la vida de las naciones. Antes que el Sr. Aparisi, un eminente orador sagrado había dicho: «La resignación, condición esencial del orden social, sólo puede ser inspirada por el Catolicismo.» ¡Extraño modo por cierto de ofender á la Religión referir en son de justa alabanza uno de sus más admirables efectos!

Sigamos ahora oyendo al Sr. Posada Herrera:

«El Sr. Aparisi ha dicho hoy palabras ofensivas al género humano, y ha cometido el delito de lesa humanidad al dar á entender que si los hombres no temiesen á la otra vida, y si no fuese por las penas de infierno, seríamos todos malvados y nos comeríamos los unos á los otros, como los lobos y las fieras, hasta concluir el género humano, y que si no lo hacemos es por el temor de las penas eternas. Esta es una ofensa gravísima que ha hecho hoy el Sr. Aparisi á la humanidad entera. Yo quiero creer que S. S. lo ha hecho en un momento de calor, y sin considerar todo lo grave é injusto de la proposición que sentaba. Creo también que no lo hubiera dicho si lo hubiera reflexionado.»

Después de leído este lugar del discurso del señor ministro de la Gobernación, ocurren dos observaciones. La primera, ser falso que el elocuente defensor del Catolicismo dijera lo que su adversario le atribuye: lean nuestros lectores de nuevo las palabras del Sr. Aparisi, y notarán claramente cuánto han mudado en boca del Sr. Posada Herrera. ¿Cómo se explica tanta variación? ¿No hay aquí alguna razón para presumir que el ministro quería traer la tesis del Sr. Aparisi á un terreno preparado con artificiosa elocuencia, desfigurándola hasta cierto punto para robarla con algún desembarazo, so pretexto de la ofensa imaginaria que con ella se infiere á la humanidad?

Lo segundo, el afirmar que el Sr. Aparisi ofendió á la humanidad sustentando la doctrina católica de la necesidad de las recompensas y de las penas de la otra vida para contener á las muchedumbres en la línea del deber y de la justicia, tiene muchos puntos de contacto con la doctrina racionalista, según la cual el hombre no debe cumplir sus obligaciones movido del deseo de la felicidad, ni del temor de las penas decretadas por la ley contra sus transgresores, sino en razón de la intrínseca bondad que la inteligencia percibe en toda obra obligatoria ó de la malicia que descubre en las torpes y prohibidas. Esta es la teoría autonómica de Kant enseñada entre nosotros por los desdichados apóstoles del krausismo. Hé aquí cómo formuló Krause el primer principio de esta perversa moral: «Se libre causa del bien como tal bien; ó en otros términos: Quiere y ejecuta el bien, porque es bueno; esto es, porque lo que tú quieres y realizas es una parte de la esencia

de Dios que se manifiesta en el tiempo, de la divinidad que realiza su vida en el tiempo. De donde se infiere, que en la ley moral, como ley universal, no debe atenderse bajo ningún respeto á cosa alguna inferior ó exterior al bien uno, mismo, todo, no al placer ni al dolor, NO AL PREMIO NI AL CASTIGO, sino que la moralidad consiste enteramente, únicamente y puramente en la divinidad de la vida en y para sí misma. Síguese también que el destino de la humanidad es AQUÍ EN LA TIERRA: pues justamente el modelar aquí y ahora lo puramente divino formado de toda fuerza social, no por placer, no por premio, no por anhelo de felicidad alguna de esta vida ni de la otra, sino puramente por amor de Dios, por amor de la divina esencia, la cual también aquí sobre la tierra es determinada á efectuarse en un llegar á ser divino (Phil. d. Gesch. Grundlegung I, Abt. III, Leben a.).

Hé aquí, pues, la doctrina contraria abiertamente á la indicada por el Sr. Aparisi sobre la necesidad de la sanción eterna para la guarda de los Mandamientos de la ley de Dios. Esta última, recibida de la Iglesia católica, maestra de toda justicia y santidad, juzgóla el Sr. Posada Herrera por un delito de lesa humanidad, por una ofensa gravísima contra la humanidad entera: ¿será, pues, temerario presumir que combatiéndola tan duramente proclamaba S. E. la doctrina contraria de los patriarcas de la impiedad racionalista, entre los cuales figuran en primer término Kant en Alemania, y Krause en nuestra pobre y atarazada España? Ahora bien, supuesta la legitimidad de esta deducción, ¿cuál es la autoridad moral del Sr. Posada Herrera para tratar en el Senado ni en parte alguna de la suspirada reforma de la enseñanza pública infundada entre nosotros del mismo virus que parece circular en los discursos de este señor ministro?

Dice el Sr. Posada Herrera, siguiendo en esto á los modernos restauradores del estoicismo antiguo, que el Sr. Aparisi cometió un delito de lesa humanidad, sin duda porque afirmó que sin la esperanza de una herencia en el cielo las muchedumbres ciegas y desbordadas procurarían pasarlo bien en la tierra. ¿Dónde está aquí el delito, dónde la sombra siquiera de un error que pueda ofender á la humanidad? ¿Es por ventura delito no adularla, sino decirle claramente la verdad, en prueba de amor; decirle que há menester de los dos polos de la esperanza y del temor para orientarse en la virtud? Pues qué, ¿no enseña la experiencia de acuerdo con la fe, que la libertad humana es débil para lo bueno y está inclinada al mal; y que há menester, por consiguiente, de estímulos poderosos que vengán en auxilio de su flaqueza, y como remedio de su enfermedad para seguir la senda de los sacrificios que piden la caridad y la justicia? ¿No es este el orden querido de la divina Providencia al sancionar su ley toda santa con los premios y los castigos perdurables de la otra vida? ¿Y quién puede decir sin impiedad que es ofensiva á la humanidad la doctrina que concuerda con el orden de la sabiduría y de la bondad de Dios?

No es esto decir, que la única razón que persuade la observancia de la moral á pobres y á ricos sean la esperanza del cielo y el temor del infierno; pues además de la virtud de la esperanza, el corazón verdaderamente cristiano encierra la más excelsa aun de la caridad, que es esencialmente desinteresada, la cual hace todas las cosas por puro amor de Dios, bondad infinita, sin atender al bien que espera recibir de El ni al mal que debe temer más allá del sepulcro. Pero la caridad no está habitualmente sin los actos de la esperanza, ni la esperanza del cielo anda divorciada del temor del infierno, ántes todas estas virtudes unidas entre sí é iluminadas por la fe, tienen una fuerza verdaderamente divina para guiar al hombre á sus gloriosos destinos. ¡Dijo por ventura nada contra estas verdades altísimas el Sr. Aparisi al asegurar que si á las muchedumbres se les roba su esperanza divina de una herencia en el cielo, se las vería correr desbordadas y ciegas hacia el bienestar en la tierra? ¿Pues dónde está su delito de lesa humanidad? ¿Será acaso delito no pensar como los racionalistas, como los políticos saturados de racionalismo? Pero esto no es delito, señor ministro; y si lo es, nosotros queremos ser en este caso co-delinquentes.

No, no lo que ofende á la humanidad no es la doctrina de su esperanza en el cielo, sino la de su destino en la tierra; lo que ofende á la humanidad no es la doctrina de los que nos dicen que somos débiles, flacos, enfermizos, y que hemos menester mirar á los premios y castigos de la otra vida para no ofender en esta á nuestro Padre que está en los cielos, subiendo, merced á estos y á otros auxilios, por la áspera montaña del bien hasta llegar á la suprema claridad, y clasificarnos en ella trocados en criaturas gloriosas, en verdaderos dioses; sino la doctrina de los que nos adulan para envilecernos, empezando por decirnos que somos Reyes, que somos dioses, que somos autónomos, que no tenemos que mirar al verdadero Dios, ni á su doctrina, ni á su ley, ni á sus recompensas ni castigos, ni á su cielo ni á su infierno (que en esto dicen está nuestra dignidad), y acaban por tratarnos como bestias, apacientándonos con bienes terrenos, y poniendo por base única de paz y de seguridad públicas el hacha del verdugo. «Donde no se teme á Dios, decía ante Napoleón el P. Ventura, es forzoso temer al hombre; allí donde el miedo de los eternos suplicios (lo oye el Sr. Posada en boca de un orador sagrado?) no impide la per-

petración del mal, se hace preciso redoblar las amenazas de los suplicios temporales.»

En esto, pues, vienen á parar los sistemas trascendentales del moderno racionalismo, insinuado al parecer por el Sr. Posada Herrera combatiendo la doctrina del Sr. Aparisi, puramente católica; esos sistemas que tanto halagan y soliviantan la soberbia de la vida deslumbrando sus ojos con fingida aureola de divinidad; en cegar el abismo del corazón que anhela por un bien infinito poseído en la vida eterna; en señalarles la tierra por nuestra única patria, cubriendo á nuestros ojos el cielo con un velo funebre, y encerrando con los despojos de la muerte todas nuestras esperanzas de inmortalidad y de ventura. ¿A qué, pues, adularnos con que somos esencia y vida divinas, si después se nos dice que no es nuestro destino mejor que el de los animales? ¿A qué hachir el corazón humano de una dignidad que en nada se distingue de la soberbia, para condenarnos después á repetir el ejemplo de aquel Rey del Oriente que por haberse reputado Dios fué reducido á la miserable condición de pacer en los campos como un bruto?

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

Anoche publicó *La Correspondencia* la siguiente carta:

«FLORENCIA, 11 de Febrero.—La nota de nuestro Gobierno al español es un ardid parlamentario, es el aprovechamiento de una ocasión hallada por el Gabinete Lamarmora para mejorar su posición ante las Cámaras.

Atacado por el Gabinete (partido, querrá decir) rojo, que le acusa de demasiado complaciente con Francia, se ha aprovechado de la nota del ministro español de 8 de Noviembre para responder, dirigiéndose á España á todas aquellas acusaciones, por lo que habrá usted observado que se contesta al Gobierno español sobre cosas que no ha dicho ó hecho, cuando realmente lo que ha ofendido á los italianos y debilitado de paso al Gabinete, es lo manifestado por el Gobierno francés ante el Senado.»

Nuestros lectores habrán advertido que el señor Barmúdez de Castro en la nota que insertamos más arriba, se hace cargo de la misma idea contenida en la precedente carta.

Muy escaso de noticias ha venido el último correo del Pacífico. La única de verdadera importancia es la de la declaración de guerra del Perú á España, que publicó anteayer *La Correspondencia*, y también nosotros con referencia á cartas particulares de Lima. Sin embargo, el periódico aludido niega que sea cierta, no sabemos con qué fundamento, y de otras dice no son oficiales.

Hé aquí sus palabras:

«La noticia que corrió anteayer y traía algún periódico de que era ya un hecho oficial la declaración de guerra del Perú á España, no es exacta.

«Podemos asegurar que á la salida del paquete no se había hecho semejante declaración, aunque sí el gobierno peruano había ratificado su alianza con Chile y recibido á su representante.

«Tampoco se había realizado á la salida del vapor el intercambio de los españoles y la confiscación de bienes. Todo esto podrá ya haber sucedido, pero no hay datos oficiales para afirmarlo, ni posibilidad de saberlo en Europa de un modo seguro.»

También dice *La Correspondencia* que no es cierto que nuestro encargado de negocios en Chile, Sr. Roberts, haya llegado á Southampton. Este caballero, dice, continúa prestando sus servicios en el Pacífico y permanecerá allí mientras el gobierno de S. M. no disponga otra cosa.

Según *La Correspondencia*, la noticia de un encuentro en que la escuadra española había apresado ó echado á pique algunos buques peruanos, tiene cierto viso de verosimilitud que merece ser tenido en cuenta, por más que no sea suficiente para dar como indudable el hecho. Sábese oficialmente, dice, que algunos buques de nuestra escuadra se habían dirigido á la cita de Juan Fernandez, donde se hallaban algunas embarcaciones enemigas; y existe en Madrid una carta escrita de prisa y á última hora en que se da noticia del hecho de armas en cuestión, aunque sin detalles.

Como ya se han dado anteriormente noticias lisonjeras que no se han confirmado, forzoso será aguardar otro correo para saber si esta es ó no cierta.

Según noticias recibidas en Londres de Buenos-Aires, la reseña de un encuentro de la fragata española *Blanca* con las fuerzas navales chilenas que ha circulado en Europa, fué redactada en Santiago de Chile y remitida por Mendoza y demás poblaciones del tránsito por medio de *chasquis* (postillones), para que se publicara en la segunda de aquellas ciudades, y al mismo tiempo se enviara á España.

Un periódico dice que tan pronto como llegó á Valparaíso la noticia de la muerte del general Pareja, el Gobierno chileno, suponiendo que su cuerpo estaba á bordo, ofreció dejarlo inhumar en tierra. Se le contestó que el cadáver había sido arrojado al mar.

Dicen de Londres que la noticia recibida allí por telégrafo de haber resuelto el Gobierno de España expedir patentes de corso contra Chile ha producido un efecto extraordinario, retrayendo á los armadores que iban á utilizar las patentes chilenas, de emprender una especulación tan arriesgada, y escitando á todos los hombres de negocios á impedir que tenga principio una turbación que tan trascendentes consecuencias puede acarrear al comercio de Inglaterra.

Correspondencias de París y Londres aseguran,

á pesar de cuanto se ha dicho en contrario, que el general Castilla no ha marchado al Perú; que se encuentra hoy en Pau, atendiendo al restablecimiento de su salud, habiendo sido nombrado por el dictador Prado representante del Perú en Francia é Inglaterra, cargo que es muy dudoso que acepte por ahora.

En las mismas correspondencias dicen también que habían pasado por Panamá algunos buques conduciendo aprositos militares, destinados tal vez á fortificar algunos de los puertos de Chile ó del Perú.

Anoche debió celebrarse su postrera conferencia, dice un periódico, con asistencia del Sr. Posada Herrera, la comisión del Senado encargada de dar dictamen sobre la reforma de la ley de imprenta.

Según parece, se suprime el artículo que hace obligatoria la firma del autor, subsiste la utilización del editor contra quien recaiga auto de prisión, pero se establecen prescripciones para acelerar el procedimiento.

Si hoy queda redactado el dictamen, en los primeros días de la próxima semana se dará cuenta al Senado.

Ayer á las ocho de la mañana se verificó el entierro de S. A. R. el Príncipe Francisco de Asís Leopoldo. A la hora marcada, y reunido el Clero y jefes de Palacio en la Real capilla, se entonó por los primeros el salmo *Laudate pueri Dominum*, recitándose después las oraciones que previene el Ritual romano; y concluidas que fueron, se puso en marcha la comitiva en el orden siguiente:

Abrieron la marcha dos clarines de la Real Casa, á los que seguían los criados, palafreneros y Monteros de España con grandes hachones; dos caballos ricamente enjaezados, á los que seguía la cruz y estandarte de la Capilla de Palacio; los Capellanes de Honor y cantores de la misma; un magnífico coche tirado por ocho caballos con penachos blancos, en el que iba cubierta con un magnífico paño de tisú de oro una rica urna que contenía el cuerpo del malogrado Príncipe; presidían el duelo el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias, el conde de Ezpeleta y otros varios empleados de la Real casa; cerrando el cortejo fúnebre el Estado Mayor, compuesto de un general y un escuadrón de caballería.

La carrera, cubierta en toda su extensión por las tropas que guarnecen á Madrid, principiaba en el Real Palacio, seguía por la calle de Bailen, paseo de Valencia y puerta de San Vicente á finalizar en la estación.

Tanto á la salida de la comitiva de la regia morada como en el acto de partir el tren en que fué conducido el cuerpo del Infante al Escorial, la artillería de la plaza hizo los disparos acostumbrados en semejantes casos.

Una vez la comitiva en la estación del Real sitio de San Lorenzo, emprendió su marcha procesionalmente al santo monasterio, en cuyo patio de los Reyes estaba esperando de antemano el Clero y algunos personaj.

Después de colocado el cadáver por los mayordomos de semana sobre una meceda, el señor ministro de Gracia y Justicia, como notario mayor de los reinos, dió lectura de la cédula de Felipe IV, que ordena se verifique la entrega de los restos de personas Reales por la capilla de Madrid á la comunidad de San Lorenzo. También ha leído la Real orden por la que S. M. la Reina confía á aquella comunidad el cadáver del Infante D. Leopoldo.

Conducido este al interior del templo, se han elevado las pases que la Iglesia prescribe para tales casos. Después han quedado de guardia los Monteros de Espinosa y los guardias alabarderos, levantándose el acta consiguiente.

Según se ha dicho ayer tarde en el salón de conferencias del Congreso, la comisión de mensajería hará una ligera enmienda en el párrafo 1.º de su dictamen, á consecuencia del fallecimiento del Infante don Francisco Leopoldo.

Dice un periódico de Zaragoza, que por un edicto que aparece fijado en aquel Gobierno civil, de orden del fiscal del Consejo de Guerra permanente, se cita y emplaza, para que se presenten ante él en un breve plazo, á todos los individuos que formaban los comités progresista y democrático.

Dice un periódico:

«Las noticias que han circulado sobre relevo de las autoridades superiores de Cuba y Filipinas han adquirido hoy mayor grado de probabilidad.»

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

En la sesión de hoy el Sr. Perez de Molina ha dirigido al Gobierno varias preguntas acerca de los militares que se han enviado á Ultramar; de cuando se levantará el estado de sitio y si la prensa continuará en la situación en que se halla.

El señor ministro de la Gobernación contestó que los enviados á Ultramar lo han sido con arreglo á las leyes; que el estado de sitio se levantará cuando lo consenta la causa del orden público, y que la prensa se arregla por la ordenanza militar.

El señor presidente del Consejo de ministros añadió que sólo cuatro sargentos sentenciados á cadena perpetua habían sido enviados á Fernando Po, y que los demás, eran militares que iban á continuar sus servicios á Ultramar.

El Sr. Navarro Villoslada interpuso á la comisión de actas acerca de la del Sr. Sanchez Asso, diputado electo por Navarra.

El Sr. Nuñez de Prado le contestó que pendía, con otra, de varios documentos reclamados al Gobierno.

El Sr. Navarro (D. Carlos) preguntó si las provincias Vascongadas habían contribuido con algún donativo extraordinario para la guerra de Chile.

El Sr. Arrieta Mascarúa preguntó si era cierto que las provincias Vascongadas contribuían al Estado con las cargas en que está convenido que contribuyan.

El señor ministro de Estado contestó afirmativamente.

Presentóse la proposición de los moderados acerca del reconocimiento del titulado reino de Italia, diciendo que por el modo y forma en que se había hecho, no podía aprobarse.

La apoya el señor conde Xiquena en un largo discurso.

Desde luego podemos asegurar que no estamos conformes con esta proposición. No por el modo ni por la forma con que el reconocimiento se ha hecho, sino porque el reconocimiento en sí debe rechazarse.

Al principio de la sesión se tomó en consideración la proposición sobre incompatibilidades del Sr. Nocedal, después de haberlo preguntado este al Gobierno y después de haberlo contestado el señor Posada Herrera afirmativamente.

Pasará, pues, á la comisión y podrá ser ampliamente discutida cuando esta presente su dictamen.

EL CÓLERA EN EUROPA.

Aun cuando el cólera haya desaparecido casi totalmente de España y de Francia, la posibilidad de que en la primavera próxima se reproduzca tal vez en algún punto del continente europeo, y elance de nuevo á la Península española, nos hace seguir con interés los esfuerzos que las potencias civilizadas emplean ya hoy para salir del abandono en que se ha dejado un asunto tan interesante para la humanidad.

Se hallan ya reunidos en Constantinopla la mayor parte de los delegados de las potencias que han de tomar parte en las conferencias sanitarias que se celebrarán con el objeto de estudiar las causas que produce el cólera en su cuna y los medios de evitar su desarrollo y propagación.

El ministro de Negocios extranjeros de la Sublime Puerta, Aali-bajá, ha dirigido una circular á los Gobiernos que no tienen representación en la corte del Sultán, invitándoles á que envíen delegados á las conferencias, que deben tener en breve principio.

El 31 del mes de Enero próximo pasado se hallaban ya reunidos allí los comisionados de Turquía, Persia, España, Francia, Austria, Italia, Rusia y Estados Pontificios. En el mismo buque en que salieron de Marsella los comisionados españoles Sres. Moulay y Segovia salió también M. Goodeve, comisionado inglés.

Representarán á Francia el conde de Lallemand y el doctor Favet. A Rusia el Sr. Lintz y los doctores Pelican y Rycoff. El secretario de la embajada inglesa W. Stuart, representará á su nación con el doctor Wood. Prusia ha enviado á los doctores Griseyenger y Hercl. Italia al doctor Salvador y al primer drogman de la legación italiana Sr. Veroni. Austria será regularmente representada por los delegados de Prusia, Bélgica y Suecia por sus respectivos ministros en Constantinopla. El shah de Persia ha nombrado para asistir á esta reunión á Melkom-khan y al doctor Savas. Representarán á Turquía Salih-Effendi, director general de la escuela de medicina, y el doctor Bartholotti, miembro del consejo de sanidad del Imperio. Las demás Potencias, contando entre ellas á los Estados Unidos, han nombrado también sus representantes, pero no son conocidos aún sus nombres.

El Gobierno otomano, cumpliendo un deber de civilización y humanidad, nombró hace algunos meses una comisión sanitaria para que estudiase la cuestión sobre el terreno y para que sus trabajos sirvieran de base á la conferencia. Esta comisión, después de recibir claras y precisas instrucciones se ha encaminado á Djeddah y la Meca. Esta expedición sanitaria la componen un presidente, Ahmed-Effendi, antiguo director del consejo supremo de sanidad y dos médicos, los doctores Akif y Jousouf-bey y debe remitir cada quince días al consejo de sanidad del Imperio, bien colectiva y separadamente una Memoria circunstanciada sobre el objeto de su misión, escrita en francés. Esta comisión hará un estudio sobre las epidemias que se han sucedido desde hace algunos años en la Meca, fijándose muy particularmente en la última, que ha sido la que más estragos ha causado y procurando descubrir si el cólera nació allí espontáneamente ó ha sido importado de otro puerto. Admitiendo, además, por el contrario que el cólera es endémico en el país de Hadjar, indicará las causas que lo engendran, causas locales ó inherentes á la peregrinación.

Indicará el principio y la marcha de la última epidemia, sus efectos, su propagación en el país y fuera de él, informándose también cuidadosamente de la manera como se hace el transporte de peregrinos de Djeddah á Suez, visitando los campamentos y los diferentes puertos de embarque y desembarque. Se detendrá en Medina, por ser la estación más frecuentada, poniéndose de acuerdo con las autoridades del país sobre las medidas que deban tomarse para destruir las causas de insalubridad y de enfermedades ó para atenuar al menos sus efectos.

Si existiese el cólera entre los peregrinos que llegan de las Indias, la comisión dispondrá todo lo que la ciencia enseña para cortar ó atenuar el mal, y tendrá un especial cuidado en que no se embarque más que el número que sin temor de que se comprometa la salud pueda admitir toda embarcación.

Pero uno de los más recomendados deberes de esta comisión, es que los antiguos é inmensos pozos que existen en Wadi-Mina para recoger la sangre y despojos de los animales sacrificados, se habiliten y sirvan para el objeto que se construyeron, evitando de este modo queden expuestos á la acción de un sol de fuego miles de cadáveres de animales, causa principal de las epidemias caléricas.

Quiera el cielo que las Memorias de esta comisión y las tareas de la conferencia de Constantinopla desahoren el medio de evitar la propagación de esta terrible enfermedad, ó al menos los medios de combatirla victoriosamente.

El Sr. D. Cesáreo Gonzalez Llanos predicará los domingos de la presente Cuaresma á las cinco y media de la tarde en la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto; siendo el asunto de sus sermones la exposición dogmática del primer versículo del Pentateuco.

El domingo se celebrará en Carabanchel bajo una función religiosa costeada por el vecindario de aquel pueblo y la señora baronesa de Ortega, en acción de gracias por la desaparición del cólera. Asistirá una escuadra orquesta, y está encargado del sermón el Sr. D. Gerónimo Lorente.

Se nota gran actividad, según escriben de Zaragoza, en las obras que se están ejecutando en un magnífico y renombrado templo del Pilar. La dirección de las mismas, confiada al arquitecto don José Yriza, hará, según se dice, que se terminen mucho antes del plazo que se suponía habría de invertirse en ellas, en lo cual tendrán un gran placer los zaragozanos y los amantes de la bella arquitectura, pues ya era tiempo de que se impulsaran algunos trabajos de reparación de tan santísimo monumento, hermosa obra del arte.

El martes 20 del actual recibirá en su casa el señor conde de Rivadavia, hoy duque de Híjar y de Segura, el traje completo que vistió S. M. la Reina el día de la Epifanía, y que le corresponde por un antiguo privilegio, verificado la entrega con el ceremonial que es costumbre todos los años.

Se van á empezar las obras indispensables para trasladar á la casa de los Lujanes la academia de ciencias naturales y políticas.

Con satisfacción hemos sabido que la autoridad municipal del distrito del Congreso, atendiendo tal vez á nuestras excitaciones de otros días, ha dispuesto lo conveniente para que un sitio público como es el ángulo que forma la casa núm. 42 de la calle de las Huertas se convierta en un lugar de inmundicia. El medio de conseguirlo por completo es muy sencillo, y además está previendo por el señor

corregidor. Que se cumpla, pues, sea consideraciones en todas las calles de Madrid.

El conde de Maistre, hijo del célebre autor de Las veladas de San Petersburgo, acaba de morir en Borgo, cerca de Turin, hallándose en casa de su hermana la duquesa de Leval-Montmorency. Era digno de su padre. Como general del ejército piemontés, permaneció adicto al Rey de Cerdeña hasta que este Monarca se apartó del camino del orden y entró en el sendero revolucionario. Tenía dos hijos varones, y ámbos se hallaban deteniendo la causa católica en el ejército pontificio. Pidámos á Dios por el alma del hombre que con la lealtad de su espada ha sabido sostener la santa causa que tan denodadamente defendió su padre con la admirable brillantez de su pluma.

En breve, según se dice, aparecerá una novedad periodística en Londres, como lo es sin duda que haya una publicación en lengua china. El proyecto no se reduce meramente á que haya un periódico inglés en aquel idioma, sino que, escrito por hijos del celeste Imperio, conservará su originalidad.

No necesitaban más los chinos que aficionarse á las delicias de la prensa periódica.

Una carta de París dice que los mirinques recibirán en la Cuaresma el golpe de gracia. Vemos por las calles algunas señoras, añade la citada carta, que han abandonado este incómodo apéndice, pero que dejan arrastrar por el lado las asquerosas colas de sus trajes, manchando con sus inmundicias á cuantos tienen la desventura de rozarse con ellas; así que muchos hombres limpios, para evitar tan desagradable contacto en sus pantalones, se los cubren con el calzado, que frecuentemente tienen que hacerse limpiar en la primera esquina ó tienda en que encuentran un limpiabotas.

También será preciso adoptar en Madrid una medida análoga para librarse del mismo mal.

Segun despacho telegráfico de León, ha quedado hoy abierto al servicio público el trayecto del ferro-carril del Noroeste en la parte comprendida entre aquel punto y Astorga, que mide 52 kilómetros. Las poblaciones todas del tránsito y muy en especial la de Astorga, han recibido el tren con las mayores demostraciones de júbilo.

En el «Porvenir de Sevilla» se lee: «Sabemos que, hasta el día de ayer, iban reconocidos más de dos millones en billetes de la serie de mil reales, sin que se haya encontrado ninguno falso. Los tenedores, en su mayor parte, han vuelto á recoger después de haberles puesto un nuevo timbre en aquel establecimiento.»

En Dublin ha sido asesinado por los conjurados fenians un tal Jorge Clarke que había denunciado á la policía al armero Loftus-Lane. El Gobierno inglés ha ofrecido mil duros de recompensa á quicua ayude á descubrir á los asesinos.

La Diputación provincial de Toledo ha acordado abrir una suscripción, á la que contribuirá con 40,000 rs. con objeto de levantar cuatro estatuas dedicadas á Alfonso el Sabio, Mariana, Garciaso y Padilla, hijos de aquella provincia; construir un obelisco donde se graben los nombres de otros varones ilustres, hijos también de la provincia; y un museo donde puedan reunirse las dispersas cenizas de otros muchos. Al efecto abrirá concurso para la presentación del proyecto señalando un premio de 12,000 rs. al autor del mejor.

Se ha hecho una falsificación de billetes del Banco de Sevilla, de la serie de 1,000 reales, y en su consecuencia la administración del Banco ha puesto en conocimiento del público para evitar que pueda ser sorprendido, que se diferencian de los legítimos: primero, en la clase de papel, que es bastante más grueso y de calidad común. Segundo, en que las contraseñas se hallan sobrepuestas. Tercero, en que la S de Fides en el timbre seco está colocada del revés; y por último en que el escudo de San Fernando y los cuartos bajos en donde está impreso el guarismo 4,000, aparecen más cargados de tinta que los legítimos.

Son tantos los modos de robar en Madrid, que raya en lo fabuloso. Véase una nueva estratagemas en el siguiente párrafo de una carta de Valencia: «Halládomos imposibilitado de andar hace ya más de ocho años, me fue preciso pasar á mi país natal, Valencia; tuve que valarme, como es consiguiente, de dos hombres, á los cuales encargué que me sacaran el billete hasta Valencia; mas lo hicieron tan bien, en su favor, que sólo lo tomamos hasta Alcazar de San Juan, teniendo que abonar el exceso que resultaba desde allí á mi ciudad país, reservándose ellos lo restante, que son 117 rs.»

En Prusia un domador de fieras, áunio y rival de Battú, fué devorado en el circo de Renz, en presencia del público. Las fieras que tenía eran cuatro leones y una leona; al obligar á esta última á que abriese la boca, fué mordido en la mano. A vista de la sangre que corría de la herida, se despertaron tan repentinamente los instintos feroces de las fieras, que lanzándose todas á la vez sobre el domador, le devoraron en un instante, sin que fuera posible auxiliarse con la barra de hierro candente, que estaba preparada cerca de la jaula.

El público presenciado aterrado tan terrible espectáculo, que se comprende mejor que no la descripción que pueda hacerse.

Después de este nuevo ejemplo de las desgracias que ocurren con la exposición de fieras, tiempo es de que en todo país civilizado se prohiban tan peligrosos espectáculos.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Julian de Capadocia, San Claudio y Santa Constancia.

SANTOS DE MAÑANA. Domingo I de Cuaresma.—San Eladio, Arzobispo de Toledo, y San Simeon, Obispo y mártir.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Merjas Trinitarias, donde por la mañana habrá Misa mayor con sermón, y por la tarde ejercicios y reserva.

En las parroquias, San Isidro, Descalzas Reales, San Antonio de los Portugueses, Carmen Calzado y en la Capilla Real habrá Misa mayor con sermón, que versará sobre el Evangelio del día.

Por la noche habrá ejercicios con sermón y Miserere en las Recogidas, San Ginés, San Ildefonso, San Milán, San José, monjas de Santa Isabel y en el oratorio del Olivar.

También habrá ejercicios y sermón en los Servitas, Arrepentidas, San Pedro y oratorio del Caballero de Gracia.

En las Escuelas pías de San Fernando dará principio por la tarde á las cuatro una semana de misiones, y predicarán alternativamente D. Juan Barbero y el Padre José Joaquín Montalbán.

La hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, vulgo del Pecado Mortal, comienza en la Iglesia de San Isidro una semana de misión al anochecer.

En la iglesia de San Juan de Dios es el segundo día de la novena de N. S. P. Jesus del Perdón, y predicará al anochecer D. Patricio Páramo.

Por la noche habrá sermón en San Andrés, Italianos, San Ignacio y Bóveda de San Ginés.

VISITA DE LA CORTE DE MADRID.—Nuestra Señora

ra de la O en San Luis, ó la de la Oración en el Oratorio del Espíritu Santo.

Se reza de la presente Dominica, primera clase, con rito semi-doble y color morado, haciéndose conmemoración de San Simón.

SANTOS DEL LUNES.

San Gabino, mártir, San Alvaro de Córdoba y San Conrado.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Merjas Trinitarias, donde por la mañana habrá Misa cantada, y por la tarde el acto de la reserva.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud habrá Misa mayor con Manifiesto, y por la noche de siete á nueve ejercicios con Manifiesto y sermón, y predicará D. Ambrosio de los Infantes.

En las monjas Carboneras (Plaza del Conde de Miranda), habrá por la tarde sermón que predicará don Basilio Sanchez Grande, terminando con el Miserere. Por la noche habrá ejercicios con sermón en Italianos, San Juan de Dios y Bóveda de San Ginés.

Se reza de San Tito, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

VARIEDADES.

DOCUMENTO HISTÓRICO.

Es sobremanera interesante y curioso, sobre todo en las actuales circunstancias, el documento que insertamos al pie de estas líneas. Su lectura prueba de un modo evidente los derechos que la Corona de España tiene sobre el reino de las Dos-Sicilias, visto que las disposiciones del Rey D. Carlos III llaman no sólo á los individuos de la familia Real de España á la sucesión al Trono de las Dos-Sicilias, sino que previene también el caso en que por un tiempo dado no hubiese ningún Infante ó Infanta para ceñir la Corona de Nápoles, y entonces dice la Pragmática sucederá el primer hijo, nieto ó viznieto que naciera. Así, pues, es también evidente que en dicho caso la Monarquía de las Dos-Sicilias, si no reunida, tendrá por lo menos que depender de España, debiendo esta proveer al Gobierno de aquel reino por medio de un virrey, lugartenencia ó administración que sea durante todo el tiempo que trascurra hasta el nacimiento del nuevo Rey de las Dos-Sicilias.

Dice así:

«**Nos Carlos III por la gracia de Dios Rey de Castilla, Aragón, Dos-Sicilias, Jerusalén, Navarra, Granada, Toledo, Valencia, Galicia, León, Mallorca, Sevilla, Cerdeña, Córdoba, Murcia, Jaén, Algeciras, Gibraltar, Islas Canarias, Indias orientales y occidentales, Islas y continente del mar Océano: arcaduque de Austria, duque de Borgoña, Brabante, Milán, Parma, Plasencia, Castro y Ronciglione; gran Príncipe heredero de Toscana, conde de Aufburgo, Plantes, Tirol y Barcelona, señor de Vizcaya y Molina, etc., etc.**»

Entre los graves cuidados que me ha producido la Monarquía de las Españas y de las Indias, después de la muerte de mi muy querido hermano el Rey católico D. Fernando VI, ha habido el que resulta de la notoria imbecilidad de mi Real primogénito. El espíritu de los tratados de este siglo muestra que Europa desea, cuando se pueda ejecutar sin oponerse á la justicia, la separación de la potencia española de la italiana.

Viéndome, por consiguiente, en la necesidad de proveer de un legítimo sucesor mis Estados italianos al momento de pasar á España, y de elegir entre los muchos hijos que Dios me ha dado, me encuentro en la urgencia de decidir cuál de ellos sea presentemente aquel secundogénito capaz de gobernar los pueblos en quien van á caer mis dichos Estados italianos, sin la unión de las Españas y de las Indias. Esta consideración que quiero tener para la tranquilidad de Europa, para que no haya quien sospeche al verme indeciso á continuar en mi persona la potencia española y la italiana, reclama que desde ahora tome mis resoluciones respecto á Italia.

Un cuerpo respetable compuesto de mis consejeros de Estado, de un consejero de Castilla que se encuentra aquí, de la cámara de Santa Clara, del lugarteniente de la Sumaria de Nápoles y de toda la junta de Sicilia, con la asistencia de seis diputados, me ha referido que, á pesar de los exámenes y experiencias hechas, no han podido encontrar en el desgraciado Príncipe uso de razón, ni señal de discurso ó de entendimiento y criterio humano, y que habiendo sido así desde la infancia, no sólo no es capaz de religión ó de raciocinar en la actualidad, pero que tampoco hay la más ligera esperanza para el porvenir, concluyendo este cuerpo su parecer uniforme, que no es posible pensar y disponer de él, como se requiere por la naturaleza, el deber y el afecto paternal. Viendo yo, pues, en este momento fatal recaer por divina voluntad, la capacidad y el derecho de secundogenitacion en mi tercer nacido D. Fernando, á causa de su menor edad he tenido que pensar en el acto de la traslación en él de mis Estados italianos como Soberano y Padre á su tutela y curaduría, que no juzgo deber ejercer hacia un hijo que viene á ser Soberano independiente en Italia como yo lo soy en España.

Constituido, pues, el Infante D. Fernando en tercer hijo en situación de recibir de mí la cesión de los Estados italianos, paso en primer lugar, aunque no hubiera necesidad, tratándose de un Soberano, á emanciparlo con este mi presente acto, que quiero sea considerado como el más solemne y con todo el rigor de este acto legítimo, más bien de ley, y quiero, que él sea desde este momento libre, no sólo de mi paternal potestad, pero también de mi suprema autoridad. En segundo lugar, establezco y mando el consejo de regencia para el tiempo que dure la menor edad pupilar de mi tercer hijo, el cual tiene que ser Soberano y dueño de todos mis Estados italianos, para

que administre la soberanía y el dominio de los mismos, sólo durante diez y seis años de pupilar en el modo que he prescrito en una Constitución de este mismo día, firmada de mi mano, sellada con mi sello, y de la cual se ha tomado razón por mi consejero y secretario del departamento de Estado, y de la casa Real, Constitución que quiero sea y se entienda como parte integral de este mi acto, y se considere en todo por todo aquí trasportada, para que tenga la misma fuerza de ley. En tercer lugar, decido y constituyo por ley estable y perpetua de mis Estados y bienes italianos, que la mayor edad de los á quienes como Soberanos y dueños tocará la libre administración de los mismos, sea fijada á los diez y seis años cumplidos.

En cuarto lugar, quiero igualmente, para que sirva de ley constante y perpetua de la sucesión del Infante D. Fernando, también á mayor aclaración de los reglamentos interiores, que su sucesión susodicha quede arreglada por orden de primogenitura con el derecho de representación en la descendencia masculina de varón á varón. A aquel de la línea recta que venga á faltar sin hijos varones tendrá que suceder el primogénito varón hijo de varón de la línea más cercana y próxima al último individuo reinante de quien sea tío paterno ó hermano, ó en mayor distancia por tal que sea el primer nacido en su línea varonil en la forma ya dicha, es decir en la rama que próximamente se ha destacado de la línea recta principal del Infante D. Fernando, ó de la del último Soberano reinante. Lo mismo mando en el caso que faltasen todos los varones hijos de varón, de la descendencia masculina de dicho Infante D. Fernando y de varón á varón respecto al Infante D. Gabriel mi hijo, á quien tendrá entonces que pasar la sucesión italiana en sus descendientes masculinos como más arriba. A falta de dicho Infante D. Gabriel, y de sus descendientes varones hijos de varón, la sucesión con el mismo orden pasará al Infante D. Javier, y después de él y de su descendencia masculina al Infante D. Anton Pascual y su descendencia, y después á los otros Infantes mis hijos que Dios me dará según el orden natural, y á su descendencia masculina.

Extinguida en mi descendencia todos los varones de varón tendrá que suceder aquella hembra de la sangre y del agnacion que esté viviente á la época de la interrupción, que sea la misma mi hija ó la de otro príncipe varón hijo de varón de mi descendencia y la más próxima al último Rey y al último varón del agnacion, que venga á faltar, ó de otro príncipe que haya muerto antes, repitiendo siempre, que en la línea recta se observe el derecho de representación, que sirva para medir la proximidad y la calidad de primogenitura y pertenencia ella al agnacion, y respecto á esta y á sus descendientes varones hijos de varón que tendrán que suceder, y se observe el método más arriba expresado. Cuando faltara la línea femenina, recaerá la sucesión en mi hermano el Infante D. Felipe, y sus descendientes varones hijos de varón, y á falta de ellos á mi otro hermano el Infante D. Luis y sus descendientes varones hijos de varón, y después de estos á la hembra más próxima del agnacion, en el orden prescrito más arriba.

Con tal que el orden de sucesión establecido por mí no pueda nunca originar la unión de la Monarquía de España con la soberanía y dominios italianos, es decir, que los varones ó las hembras de mi descendencia mis arriba llamados se admitan á la soberanía italiana, toda vez que no sean Reyes de España ó Príncipe de Asturias declarado ya ó para declararse, cuando haya otro varón que en virtud de este mi acto pueda suceder en los bienes italianos. No habiendo, tendrá el que sea Rey de España, tan pronto como Dios lo provea de un secundogénito varón hijo, nieto ó viznieto, traspasar en su cabeza todos los Estados y bienes italianos.

Recomiendo humildemente á Dios el antedicho Infante D. Fernando, que debo, reinar en Nápoles, dándole mi paternal bendición, y encargándole la defensa de la Religión católica, la justicia, la mansedumbre, la vigilancia, el amor de los pueblos, que por haberme servido y obedecido fielmente, han bien merecido de mí Real Casa. Cedo por consiguiente, trasfiere y dono al mismo Infante D. Fernando mi hijo tercer nacido por naturaleza, los reinos de las Dos-Sicilias, y todos mis demás Estados, bienes y razones, y derechos y títulos y acciones, y de ellos hago á él mismo, desde este momento, la más amplia cesión y entrega, de manera que ni á mí ni á los Reyes de España, mis sucesores, no quede de aquellos parte, soberanía ó superioridad ninguna. A consecuencia de esto, el desde el momento en que saldrá de esta corte, podrá con mi Consejo de Estado y regencia, podrá administrar independientemente de quien sea todo lo que le habrá sido trasfirió, cedido y donado por mí.

Espero, que este mi acto de emancipación, constituida de mayor edad, nombramiento de tutela, y curaduría del Rey pupilo y menor en la posesión de dichos Estados y bienes italianos, de cesión y donación redundará en provecho de los pueblos, de mi Real familia, y contribuirá, en fin, al reposo no ménos de Italia que de Europa. Será el presente instrumento firmado por mí y por mi hijo D. Fernando, autorizado con un sello, tomándose de él razón por los infrascriptos consejeros y secretario de Estado, también en la calidad de regentes, tutores del mismo Infante D. Fernando.

Hecho en Nápoles en 6 de Octubre de 1759.—(Firmado), Carlos.—(Firmado), Fernando.—(Firmados), Domingo Cattaneo, Miguel Reggio, José Cappacceda, Pedro Bologna, Domingo de Sangro, Bernardo Tanucci.

MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

3790 arrobas de trigo.
2973 arrobas de harina de idem.
9446 arrobas de carbon.

PAGOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Reales vellon arroba.	Quarto libra.
Carnes de vaca...	48 á 52	26 á 36
Id. de cerdo...	4 á 28	26 á 36
Id. de cordero...	90 á 98	50 á 60
Id. de ternera...	90 á 94	30 á 28
Id. fresco...	62 á 66	45 á 50
Id. en canal de per...	124 á 134	61 á 60
Lomo...		
Jamon...		

Aceite...	66 á 69	18 á 20
Vino...	40 á 44	12 á 14
Pan de dos libras...	4 á 5	11 á 13
Garbanzos...	14 á 16	19 á 20
Judías...	26 á 34	11 á 13
Arroz...	30 á 38	11 á 12
Lentejas...	19 á 23	8 á 16
Carbon...	7 á 8	5 á 6
Jamon...	65 á 68	21 á 23
Patatas...	5 á 6	2 á 6

PAGOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo...	de 22 á 24	RS. VN.
Cebada...	de 22 á 24	Id.
Algarroba...	de 22 á 24	Id.

FONDOS PUBLICOS.

	Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. g. consolidado...	38-00	
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. g. id. ...	34-00	
Títulos del 3 p. g. idem. Inscriptos en el Gran Libro...		
Material del Tesoro preterente con intereses...		
Idem no preferente, con intereses...		
Idem sin intereses...		
Participes legos convertibles á 3 p. g. ...		
Idem del 4 y 5 por 100...		
Deuda amortizable de primera clase...		
Idem amortizable de segunda idem...		13-25
Deuda del personal...		19-30
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de intereses anual...	88-75	
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. g. ANUAL		
Emission de 4.º de Abril de 1850, de 4000 rs. ...		83-00
Idem de 4.º de 2000 rs. ...		85-00
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4000 rs. ...		84-50
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4000 rs. ...		80-00
Idem de 9 de Marzo de 1853, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4000 rs. ...		
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4000 rs. ...		
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1859...		80-00
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 8.º p. anual	par	
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles...	70-90	
Acciones del Banco de España...		118-00

ANUNCIOS.

BANCO DE PREVISION Y SEGURIDAD.
Presidente: Excmo. señor conde del Asalto y marques de Ceballos, propietario.
Vice-presidente: D. Antonio Aparisi y Guisierro, diputado á Cortes y propietario.
Secretario: D. José de Córdoba, propietario.
Director general: D. Federico de Salido y Baidas, propietario.
Director adjunto: D. José Mur y Vilanova, abogado y propietario.
Capital ingresado: rs. vn. 32.092.333.35.
Esta compañía es la única en su clase que excluye terminantemente de sus estatutos toda operación basada en el crédito personal; coloca su capital sobre garantía material positiva; interviene en las operaciones los consejeros; liquidación mensual: admite imposiciones desde 10 rs.; beneficio abonado por término medio, 74 céntimos por 100 al mes, que equivale á 9,38 dal año.
Direccion general: calle de San Agustín, 3. (N.º 332.—2 p.)

DISCURSOS

DE DON JOSÉ MARIA ELÁROS, sobre cuestiones de carácter político, pronunciadas en el Congreso en la legislatura de 1864 á 1865.
Con un prólogo del mismo autor.—Forman un folleto de 134 páginas.
El producto se destinará á la colecta hecha para Su Santidad.
Están de venta en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, á 6 rs., lo mismo en Madrid que para provincias, á donde se remitirán francos de porte.

CALENDARIO RELIGIOSO

PARA EL AÑO DE 1866, compuesto y publicado por la redacción de las Lecturas populares. (Con licencia de la autoridad eclesiástica.)
Se vende á real en Madrid, en las librerías de Aguado, Pontejos, 8; Olamendi, Paz, 6; y Lizcano, Cruz, 34, y en la imprenta de Tejado, Silva, 47 y 49.—Por docenas á 10 rs.
En provincias á real y medio cada ejemplar, franco de porte, y 14 rs. la docena. (G.)

DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

CRÓNICA DEL SIGLO XV, por D. Francisco Navarro Villoslada. Quinta edición.
Se halla de venta en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, á 20 reales en Madrid y provincias.
No se servirá ningún pedido sin que se remita previamente su importe en letras á favor del administrador de este periódico ó en sellos de franqueo.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS por el P. Félix, de la Compañía de Jesús, y traducidas por EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.
En la administración de este periódico se hallan de venta las Conferencias de los años 1862, 1863, 1864 y 1865.
Cuestan 4 reales en Madrid y 5 reales en provincias las correspondientes á cada uno de los años anteriores.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejado, Silva, 47, bajo.